El psicoanálisis en los debates sobre el rol del psicólogo. Argentina, 1960-1975. *

Hugo Klappenbach
Universidad Nacional de San Luis
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) **

[Publicado en *Revista Universitaria de Psicoanálisis* (Universidad de Buenos Aires), vol. *2*, 2000, pp. 191-227]

Resumen

El trabajo analiza el lugar atribuido al psicoanálisis en los debates en torno al rol del psicólogo, característicos del período 1960-1975. En primer lugar, se señalan las tensiones, aunque también los puntos de coincidencia entre el psicólogo como *psicoanalista* y el psicólogo como *agente de cambio*. En segundo lugar, se analizan los campos de la práctica involucrados en tal debate, particularmente el rol del psicólogo clínico y del psicólogo en "otras áreas".

Palabras claves

Psicología - Profesión - Rol - Psicoanálisis - Argentina

---

* Este trabajo está enmarcado en el Proyecto de Investigación "Historia de la Psicología en San Luis en sus primeras décadas. 1930-1980. Su caracterización en el marco de la psicología argentina", que es subsidiado por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de San Luis. Es necesario agradecer la gentileza del personal de las bibliotecas de la Universidad Nacional de San Luis, de la Facultad de Psicología y de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán. También expresamos nuestra gratitud a Leonor Gonzalo, Gladys Girardi y Nora Patiño de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA), como así también a numerosos colegas que nos brindaron material inhallable en nuestras biblitoecas públicas, como Claribel Morales de Barbenza y Carmen Dagfal de la Universidad Nacional de San Luis, Telma Piacente y Carmen Talou de la Universidad Nacional de La Plata, Alejandro Dagfal de la Universidad de Buenos Aires y Silvia Chiarvetti de la APBA. Por último, merecen un reconocimiento especial aquellos que soportaron largas y tediosas entrevistas, como Ovide Menin de la Universidad Nacional de Rosario, Jorge Bianchi de la Universidad de Tucumán; Claribel Morales de Barbenza, Germán Arias y Mercedes Loizo, de la Universidad Nacional de San Luis; Eva Mikusinski y Jorge Olagaray que pertenencieron a la antigua Facultad de Ciencias de la Universidad de Cuyo; Juan Seguí, a comienzos de los sesenta estudiante de psicología en la Universidad de Córdoba y ahora Director del prestigioso Laboratorio de Psicología Experimental de la Universidad de Paris V.

** Dirección: Mitre 1326 (5700), San Luis, Argentina. E-Mail: hklappen@unsl.edu.ar

A partir de la creación de las carreras de psicología en el país, en la segunda mitad de los años cincuenta, a comienzos de la década siguiente comenzarían a graduarse profesionales formados específicamente en el campo de la psicología. En los últimos años, diversos trabajos han abordado, desde diferentes perspectivas, distintos aspectos de la historia profesional y social de los psicólogos (Borinsky, en prensa; Dagfal, en prensa a; Klappenbach, 1998; 2000; Paolucci y Verdinelli, 1999; Rossi, 1997; Sanz Ferramola, 2000; Vezzetti, 1996a, Vilanova y Di Doménico, 1999). Al mismo tiempo, tampoco ha faltado el análisis de la historia del psicoanálisis en el país, desde la perspectiva próxima a las instituciones adheridas a la IPA (Asociación Psicoanalítica Argentina, 1982; Cesio, 1967; Cucurullo, Fainberg y Wender, 1982), pasando por aquellos que negaban la centralidad de la Asociación Psicoanalítica Argentina en la difusión local del psicoanálisis (García, 1978; 1980), hasta los textos *críticos* de los últimos años, ya desde perspectivas más afines a la historia de las ideas (Gentile, 1998; Vezzetti, 1996b; 1998), a la historia de la profesión psicoanalítica (Balán, 1991) o la historia conceptual (Gentile, 1996; Vezzetti, 1996c). En esta oportunidad, en cierto sentido en el *cruce* de ambas historias, la de la psicología y la del psicoanálisis, quisiera limitar el tema de estudio, al análisis del lugar reservado para el psicoanálisis, en los *debates sobre el rol del psicólogo*, característicos del período 1960-1975.

El comienzo del período elegido está justificado, entonces, por coincidir con la graduación de los primeros psicólogos en universidades nacionales. El fin del período elegido está más relacionado con factores principalmente *exógenos*, ya que hacia 1975 habían desaparecido las condiciones políticas e intelectuales que habían facilitado debates como los aquí investigados. Desde ya, como ocurre en este tipo de recortes metodológicos, es posible rastrear antecedentes de los debates a finales de los cincuenta, de la misma manera que después de 1975, y aun durante la dictadura militar, se continuarían algunas facetas de los mismos. Inclusive, durante los noventa se reactualizarían ciertos debates relacionados con el papel del psicoanálisis en la formación universitaria del psicólogo (Asociación de Unidades Académicas de Psicología, 1998; di Doménico y Vilanova, 1990; Piacente, 1998; Vilanova, 1993). Pero el contexto académico, profesional e intelectual de estos últimos debates, es bien diferente del anterior, aun cuando puedan reconocerse numerosos puntos de contacto entre ambos. En tal sentido, es posible identificar en el período indicado, 1960-1975, ciertos debates característicos acerca del rol del psicólogo, y del lugar del psicoanálisis en la formación y rol de dicha figura profesional.

De manera análoga a la justificación temporal, se hace necesario justificar el recorte de las *fuentes primarias* utilizadas. El mismo, ha privilegiado aquellos textos y publicaciones frecuentados por la comunidad profesional de psicólogos, empezando por las publicaciones y documentos de los docentes y estudiantes de la Carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, particularmente la *Revista Argentina de Psicología* y las Actas de Asamblea de tal institución. Con todo, el relevamiento documental exhaustivo incluyó desde publicaciones de todo el país, como *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* (hasta 1962, denominada *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, y entre 1962 y 1964, *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*), los *Anales del Instituto de Investigaciones Psicopedagógicas* de la Universidad Nacional de Cuyo, la *Revista de Psicología*, editada por la Universidad de La Plata, *Psicología*, revista editada por la Universidad de Córdoba, *Humanitas*, editada por la Universidad Nacional de Tucumán, los

primeros números de *Psicología Médica*, que en el subtítulo se presentaba como *Revista argentina de psicología médica, psicoterapia y ciencias afines*, hasta publicaciones internacionales transitadas por muchos de los actores del campo psicológico argentino de aquellos años, como la *Revista Latinoamericana de Psicología* y la *Revista Interamericana de Psicología*, editada por la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP). Después de todo, en el período que estamos investigando, personalidades relevantes para los debates que nos ocupan, fueron miembros de dicha sociedad, desde Plácido Horas, Nuria Cortada de Kohan y Luisa Brignardello, hasta Mauricio Knobel, Pedro Segal, Eva Giberti y el propio José Bleger (Interamerican Society of Psychology, 1971). Asimismo, relevamos actas de varios congresos de psicología, no sólo nacionales, como las *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*, reunido en San Luis en 1965, sino también de los congresos internacionales de la mencionada Sociedad Interamericana de Psicología (SIP), como así también de las Conferencias de la Comisión Asesora Argentina de Salud Mental, donde el tema del rol del psicólogo en el campo de la psicoterapia fue largamente debatido. De la misma manera se realizó un exhaustivo relevamiento de publicaciones y textos provenientes de ámbitos psicoanalíticos, de fuerte impacto en la comunidad profesional de psicólogos, desde *Cuestionamos 1* y *2* o *Cuadernos de Psicología Concreta*, hasta la propia *Revista de Psicoanálisis*, entre otras. Asimismo, también se han revisado publicaciones del campo intelectual, pertinentes para la comprensión del *clima de ideas* imperante en aquellos años y se ha recurrido a fuentes testimoniales. Por último, en relación con la *bibliografía secundaria*, nos atrevemos a afirmar que hemos revisado absolutamente *toda* aquélla que se ha ocupado de temas relativamente afines en los últimos diez años. En tal sentido, aun cuando ya se ha señalado que el *agotamiento de los fuentes* constituye únicamente una ilusión de la historiografía positivista, finalmente desmoronada (Carbonell, 1981), es necesario remarcar que nuestra investigación ha abarcado un conjunto de fuentes verdaderamente amplísimas, muchas de ellas hasta ahora inexploradas para el tema que nos ocupa.

Para comenzar, es oportuno considerar que a después de la Segunda Guerra Mundial, se consolidaría el carácter de la psicología como *disciplina aplicada* y como una profesión cuyo objetivo principal lo constituía el logro del *bienestar* humano. Así, la sociedad de psicología más antigua del mundo, la American Psychological Association que se había organizado en 1892, modificaría sus estatutos entre 1944 y 1945, enfatizando en los mismos dichas cuestiones:

> "The objects of the American Psychological Association shall be to advance psychology as a science and profession and *as a means of promoting human welfare"* (American Psychological Association, 1945, 3, el subrayado es mío).

En Argentina, los estudios universitarios en psicología que comenzarían en los años cincuenta, también responderían a ese sesgo aplicado. En 1950, se organizaría en la Universidad Nacional de Tucumán, una carrera de Psicotécnico y Orientador Profesional, (Klappenbach, 1994; Rossi, 1997); en 1953, en la Universidad Nacional del Litoral, con sede en Rosario, se organizaría la Carrera de Asistente en Psicotécnica (Ascolani, 1988; Gentile, 1989); el mismo año, en la Universidad Nacional de Cuyo, con sede en San Luis, se organizaría la Especialización en Psicología (Klappenbach, 1994). La transformación de todas estas carreras y especializaciones en una carrera universitaria mayor en Psicología, se produciría a partir de dos circunstancias. La

primera, fue una recomendación del Primer Congreso Argentino de Psicología, reunido en 1954 en Tucumán:

> "El Primer Congreso Argentino de Psicología declara la necesidad de crear la carrera universitaria del *psicólogo profesional* con arreglo a las siguientes condiciones: I. Se establecerá como sección autónoma en las Facultades de carácter humanístico, aprovechando los institutos ya existentes y la enseñanza que se imparte en esas y en otras Facultades que puedan ofrecer su colaboración (Medicina, Derecho, Ciencias Económicas, etc.); II. La carrera comprenderá un plan completo de asignaturas teóricas y la debida intensificación práctica en las distintas especialidades de la profesión psicológica, otorgando los títulos de Licenciado en Psicología (previa tesis de Licenciatura) y de Doctor en Psicología (previa tesis de Doctorado); III. Establecerá además carreras menores de Psicólogos auxiliares en los distintos dominios de la terapia médica, pedagogía, asistencia social, organización industrial, y otros campos de aplicación a las necesidades de orden nacional y a las regionales servidas por las diferentes universidades argentinas." (Anónimo, 1954, 122).

La segunda circunstancia, estuvo dada por el clima de reforma cultural y universitaria posterior a la caída de Perón. En efecto, en dicho contexto, se organizarían nuevas carreras universitarias -psicología, sociología, antropología, ciencias de la educación-, con un marcado perfil profesional, características de la nueva cultura *de los sesenta* (Terán, 1991; Vezzetti, 1996a). De esa manera, entre 1954 y 1959, se organizarían carreras de psicología en seis universidades nacionales: del Litoral (con sede en Rosario), Buenos Aires, Cuyo (con sede en San Luis) Córdoba, La Plata y Tucumán (Klappenbach, 2000).

En sus primeros años, aquellas carreras de psicología, estuvieron marcadas por orientaciones teóricas y perfiles de graduado pluralistas. Algunos testimonios señalan que "se enseñaban y discutían muy diversas teorías de la personalidad" (Kohan, 1978, p. 39), al mismo tiempo que podían identificarse, en "el plano ideológico -científico", "tres corrientes que, *grosso modo*, podríamos llamar 'filósofos liberales' (no tomistas), 'psiquiatras reflexólogos' y 'psicoanalistas'" (García, 1983, 30). En relación con el perfil profesional, se enfatizaba la necesidad de una formación universitaria que capacitara para distintos campos laborales, entre ellos, el clínico, laboral y el pedagógico (Monasterio, 1965), mientras se definía a los psicólogos como "especialistas en los aspectos técnicos-científicos de las especialidades propuestas [psicólogo clínico-laboral o psicólogo pedagógico-social]" (Llapur, 1972, 240). En tal sentido, con excepción tal vez de la Universidad Nacional del Litoral, donde Jaime Bernstein orientaría tempranamente la carrera en una dirección psicoanalítica, la hegemonía de dicha orientación en los estudios universitarios de psicología sería posterior a 1960, cuando, a partir del protagonismo estudiantil, y con el apoyo de personalidades como Enrique Butelman, se incorporaran como docentes de la Carrera de Psicología de la UBA, reconocidos psicoanalistas de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) como José Bleger, Fernando Ulloa y David Liberman (Kohan, 1978; Balán, 1991; Langleib, 1983). En efecto, el primer director de la Carrera de Psicología en dicha universidad, Marcos Victoria, "pretendía darle a la carrera una orientación alejada de la clínica y sobre todo del psicoanálisis" (Balán, 1991, 148). En esa dirección, uno de los fundadores de la APA, Angel Garma, perdería sendos concursos para ingresar a la Carrera de Psicología, tanto en la Universidad de Buenos Aires (Balán, 1991), como en la Universidad de La Plata, donde fue resistido por los estudiantes, y donde Marcos Victoria era uno de los jurados (Dagfal, 1998).

En cualquier caso, con el correr de los años, y debido a los acuerdos entre directivos de las carreras de psicología de las distintas universidades del país, para la contratación común de profesores (Horas, 1961), la enseñanza del psicoanálisis se iría extendiendo en todas las carreras de psicologías del país, alcanzando un carácter hegemónico al promediar el período que estamos examinando. Con todo, el proceso sería desparejo en todo el país; así, en la carrera dependiente de la Universidad Nacional de Cuyo, con sede en San Luis, el psicoanálisis alcanzaría una incidencia bastante limitada, y todavía en 1974, un grupo de graduados y estudiantes, constituirían el Centro de Estudios de Psicología Objetiva "I. P. Pavlov" (CEDEPO) (Piracés, 1976). Dicha institución, posibilitaría la introducción en nuestro país del *análisis experimental del comportamiento*, el cual, desde que Fred Keller visitara la Universidad de São Paulo en 1961 y la de Brasilia en 1964, venía desarrollándose vigorosamente en casi toda América Latina (Ardila, 1974; Keller, 1974). Inclusive, desde tal perspectiva, se venía promoviendo el desarrollo de comunidades experimentales explícitamente inspiradas en la utopía skinneriana *Walden dos* (Skinner, 1968), que procuraban la planificación de sociedades más justas, cooperativas y compartitivas (Arredondo, 1974), y que llegarían a promover en 1971, la experiencia concreta de la comunidad Los Horcones, en México, la cual aboliría la propiedad privada, con excepción del dormitorio dentro de la comunidad (Comunidad Los Horcones, 1978). Experiencias de esa naturaleza, podían leerse como una contribución del análisis experimental del comportamiento a la resolución de las necesidades de la comunidad en un sentido progresista (Piracés, 1976). En efecto, a partir de esa inspiración, entre las actividades desplegadas por el CEDEPO, se destacaban extensos cursos de posgrado sobre análisis experimental del comportamiento a cargo de Víctor Rojas y Cristina Rupérez de Chile y de Rubén Ardila de Colombia (Ardila, 1979; Piracés, 1976). En cualquier caso, la constitución de dicho centro, si bien evidencia la existencia de excepciones a la hegemonía psicoanalítica en la enseñanza universitaria de la psicología *en todo el país*, no alcanzaba, desde el punto de vista estadístico, a modificar aquella tendencia, dado que el número de estudiantes matriculados en la Universidad Nacional de Cuyo era considerablemente inferior al del resto del país. En efecto, al promediar el período que estamos investigando, la carrera de psicología en las diferentes universidades nacionales, siempre era la de mayor población estudiantil en la unidad académica a la que pertenecía, con la excepción de la Universidad Nacional de Cuyo (Chaparro, 1969). Y en 1971, sobre un total de 8.738 alumnos en universidades nacionales, solamente 295 correspondían a la Universidad Nacional de Cuyo, es decir, algo menos del 3,37 % del total (Barrionuevo y García Marcos, 1975).

Con escasas excepciones, entonces, hacia finales de la década del sesenta, ya se observaba una pronunciada hegemonía psicoanalítica (Fernández Alvarez y Pérez, 1993). En efecto, "la orientación clínica de nuestras escuelas de psicología tienen siempre o casi siempre un marco referencial psicoanalítico ortodoxo que ha llevado, en la mayoría de los casos, a que el psicólogo pierda de vista los diversos y fundamentales componentes sociales de la personalidad y los factores de esta misma naturaleza en la etiología de las enfermedades mentales" (Saforcada, 1969, 52). Y aun sin compartir un juicio valorativo adverso hacia el psicoanálisis, otro testimonio señalaba que el "psicoanalista ha ejercido una influencia decisiva sobre el psicólogo de nuestra Facultad; *influencia hegemónica*, podría decirse" (Grego y Kaumann, 1973, 76; el subrayado es mío).

Lo que resulta de interés para nuestro tema, es que a partir de las nuevas carreras, en la década del sesenta comenzarían a graduarse nuevos profesionales universitarios, con título de

psicólogo o de licenciado en psicología según las distintas universidades, cuyas tareas y campos de trabajo estaban todavía por construirse; de tal manera, le correspondió a los primeros graduados en psicología, enfatizar la búsqueda de las claves del rol del psicólogo. En los homenajes a dos de las primeras graduadas, una de la Universidad del Litoral, y otra de la de Buenos Aires, ambas fundadoras de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, ambas docentes de la Universidad de Buenos Aires hasta que las cesantías y renuncias posteriores a julio de de 1966 las empujaran a la organización de instituciones privadas, se ilustra muy bien el papel protagonizado por aquellas primeras generaciones en la clarificación del rol profesional. En efecto, Hebe Friedenthal, graduada en Rosario, quien luego de la *noche de los bastones largos* sería una de las fundadoras de la Escuela de Psicología Clínica de Niños, "representaba para los psicólogos argentinos, un perfil posible de trabajo para una carrera que por estar recién naciendo en el país, no era más que una ilusión, una utopía para quienes la elegían como tal. Así …., los estudiantes de psicología y los psicólogos en formación de posgrado, se acercaron a ella con la expectativa de encontrar la figura que podía ofrecer, simultáneamente, un modelo de identidad y un recorte para un ejercicio profesional posible" (Dubcovsky, Dubcovsky y Joselevich, 1978, 9). Isabel Calvo, graduada en Buenos Aires, y una de las organizadoras del Centro de Investigación y Asesoramiento Psicológico (CIAP) después de 1966, sería reconocida por la búsqueda "de un perfil más claro del rol profesional del psicólogo" (Ferrara, 1978, 8). En tal sentido, los *debates acerca del rol del psicólogo*, fueron característicos del período y apuntaban a clarificar las funciones del nuevo profesional, toda vez que "la profesión del psicólogo no cuenta con una imagen clara, delineada y ya tradicional" (Aisenson, Kestelboim y Slapak, 1970, 68), y en tal sentido, "la controversia sobre la profesión del psicólogo, sobre su legitimidad y condiciones, no se halla agotada" (Braslavsky, 1965). De tal manera, podía afirmarse que la cuestión del "rol del psicólogo", constituía un "problema siempre abierto" (Danis, 1972, 14), que "está en constante construcción" (Bricht, Calvo, Dimant, Palacios, Pravaz, Spolansky, Troya, 1973, 7), o que se encontraba "en proceso de institucionalización" (Estudiantes delegados de Materia y Docentes de la Asociación de Docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA, 1971, 27). La novedad de la profesión, las ambigüedades en la formación universitaria de los jóvenes psicólogos, tanto como la amplitud de aplicaciones de la nueva disciplina, tornaban impreciso su campo de acción, lo cual promovió un debate, que con el correr de los años, se iría impregnando del clima político que vivía el país. De tal manera, si al comienzo del período estudiado, el debate sobre el rol del psicólogo estaba originado, sobre todo, por la urgencia en clarificar una nueva función profesional, todavía imprecisa, diferenciándola de otras funciones profesionales cercanas, al promediar el período, esa cuestión se solapaba con el debate acerca de la función de compromiso que le correspondía a los profesionales en una sociedad que requería urgentes transformaciones políticas y sociales.

En cualquier caso, el rol del psicólogo se recortaba en un horizonte, en el cual la limitación legal al ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis aparecía como un primer dato de enverdagura. En efecto, en los años inmediatos a las primeras graduaciones de psicólogos, 1959 y 1960, los consejos universitarios de las Universidades de La Plata, Córdoba y Buenos Aires, habían debatido acerca de la orientación de los estudios psicológicos, y sobre la pertinencia o no de la práctica de la psicoterapia por parte del psicólogo. Al mismo tiempo, sociedades y colegios de medicina y psiquiatría de distintos distritos del país, miraban con desconfianza la emergencia del rol del psicólogo en el campo de la psicoterapia (Klappenbach, 2000). En octubre de 1959, se había reunido en San Luis, Mendoza y San Juan, la *Tercera Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica*, a la que habían asistido "una numerosa

representación de *psicotécnicos* y pedagogos" (Anónimo, 1959, 473; el subrayado me pertenece). Uno de los temas especiales abordados en dicha Conferencia, fue el de "Títulos habilitantes para el estudio y tratamiento del enfermo mental", en donde se aprobarían tres recomendaciones que motivarían el retiro de la delegación de estudiantes de psicología de Rosario, encabezados por Jaime Bernstein, y que constituirían a partir de allí, un eje de referencias ineludibles, en toda la cuestión del rol del psicólogo:

> "1) La Conferencia considera que deben ejercer la psicoterapia únicamente los médicos.
> "2) Los psicólogos pueden sólo colaborar en el estudio e investigación de la personalidad.
> "3) No obstante pueden actuar en equipo bajo la dirección responsable de los médicos.
> "Estas recomendaciones fueron resultado de una moción de orden por lo que no se discutió lo resuelto por las mesas redondas, que en gran mayoría aceptaba que el psicólogo podía, en equipo, participar en el diagnóstico y tratamiento." (Anónimo, 1959, 474).

Es de destacar que tal limitación al ejercicio del rol del psicólogo, estaba bastante extendida en el campo psiquiátrico en aquellos años. En efecto, podía argumentarse que el ejercicio de la psicoterapia no excluía ningún otro tipo de terapéutica, sino que, por el contrario, resultaba un complemento de otras terapias, a partir de la convicción de que el "médico llegaba a la psicoterapia como realización de su vocación humanista" (Olivera, 1962, 14). En tal sentido, "sólo el hombre preparado en la integridad de la patología humana debe ser el encargado de manejarla [a la psicoterapia]" (Olivera, 1962, 15). Esa afirmación del médico como el único profesional autorizado para ejercer la psicoterapia, encontraba uno de sus fundamentos principales en el convencimiento de la falta de conocimientos médicos por parte del psicólogo, lo cual le imposibilitaba realizar un diagnóstico diferencial con acierto (Moscovich, 1962).

En esa clima, resulta llamativo que, aun una personalidad como Mauricio Goldenberg, que había integrado psicólogos al Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús, y que afirmaba en una Mesa redonda en las *Primeras Jornadas Argentinas de Psicoterapia* "que el psicólogo puede hacer psicoterapia" (Caeiro y Olivera, 1962, 156), no sólo se veía obligado a reconocer que esa posibilidad se subordinaba al control del médico, sino que en su ponencia en las mismas Jornadas, había omitido cualquier referencia a la presencia de psicólogos en su servicio (Goldenberg, 1962). En la misma dirección, otra reconocida personalidad progresista, Gregorio Bermann, identificado con los principios de la Reforma, integrante de las Brigadas Internacionales que lucharon por la República en la Guerra Civil Española (Fitó, 1998), y que se había ocupado tempranamente de la cuestión de la psicoterapia, a partir de un cruce de referencias bien amplio (Bermann, 1936), aun cuando admitiera la participación del psicólogo como "colaborador" en el equipo psiquiátrico, enfatizaba que en "ningún caso los psicólogos podrán ejercer la psicoterapia a título individual" (Bermann, 1959, 183). Un año después, Bermann alertaba acerca de los peligros de la charlatanería y el abuso de confianza, enfatizando la necesidad del título de médico para el ejercicio de la psiquiatría, entendiendo por ello la competencia sobre "todas las flaquezas del cuerpo y las miserias del espíritu" (Bermann, 1960, 197). Y en 1962, Bermann organizaría en Córdoba las *Primeras Jornadas Argentinas de Psicoterapia*, ya mencionadas, las cuales ratificarían la psicoterapia como una especialidad

básicamente médica: “Tal vez lo más significativo de estas Jornadas ha sido el interés por *integrar* los métodos y procedimientos de tratamiento anímico *en el cuerpo de las ciencias médicas*” (Bermann, 1963, 10; los subrayados me pertenecen).

Inclusive, en una ponencia presentada en la *IV Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica*, que indagaba acerca de la constitución óptima de equipos para el trabajo en salud mental, y aun reconociendo el fuerte impacto de la psicología en dicho campo, se insistía en reiteradas oportunidades acerca del lugar de subordinación del psicólogo en relación con el médico: “La dirección de los equipos de planificación y programación de las actividades corresponde al psiquiatra.” (Lucero Kelly, Kusnir, Spiguel y Tavella, 1960, 202); “la jefatura del mismo [equipo de asistencia psiquiátrica] corresponde al médico psiquiatra” (Lucero Kelly, Kusnir, Spiguel y Tavella, 1960, 205). Tal posición, también se hacía extensiva al campo de la prevención: “En las unidades asistenciales para la prevención del tratamiento, el trabajo en equipo debe ser el denominador común. La dirección y responsabilidad corresponde al psiquiatra.” (Lucero Kelly, Kusnir, Spiguel y Tavella, 1960, 207). En una dirección coincidente, se limitaba la intervención del profesional no-médico a la “investigación y diagnóstico; el ámbito de la terapia es propia del médico psiquiatra” (Lucero Kelly, Kusnir, Spiguel y Tavella, 1960, 205).

En tal contexto, tampoco podía sorprender que un trabajo colectivo, firmado por dos de los primeros directores del Departamento de Psicología de la Universidad de La Plata -Fernanda Monasterio y Luis María Ravagnan- sostuviera que “el psicólogo clínico no está en condiciones de tratar bajo su responsabilidad los denominados trastornos funcionales de la personalidad, tales como neurosis o psiconeurosis, ni efectuar diagnósticos que corresponden al médico” (Monasterio, Rolla, Tobar García y Ravagnan, 1960, 225). Inclusive los autores, todos ellos docentes de la Carrera de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, dejaban en claro que la restricción apuntada iba más allá de las competencias en el terreno clínico. En efecto, igual limitación aparecía al fundamentar el campo profesional del psicólogo educacional, el cual debía limitarse a estudiar los problemas del rendimiento y las aptitudes de los alumnos. Y frente a la eventual aparición de problemas de inadaptación “habrá de solicitar al médico escolar el diagnóstico y las medidas terapéuticas necesarias”, toda vez que no le correspondía al “psicólogo educacional funciones que competen al médico” (Monasterio, Rolla, Tobar García y Ravagnan, 1960, 223).

En definitiva, durante los primeros años de la década del sesenta, dentro del campo médico, existía un consenso bastante extendido, en que la psicoterapia y el diagnóstico escapaban a la esfera del psicólogo, siendo de exclusivo dominio médico. Inclusive, esas posiciones no desconocían las limitaciones del médico en general y aun del psiquiatra para la comprensión acabada de la psicología de los procesos patológicos, limitaciones que ya eran reconocidas, al menos, desde los años treinta (Klappenbach, 1995). Más todavía, tales limitaciones y la necesidad del estudio de la psicología y la psiquiatría en la formación del médico, eran admitidas por las personalidades más destacadas del campo psiquiátrico (G. Bermann, 1956, 1964; García Badaracco, Montevecchio y Kossoy, 1960; Goldenberg, 1958; Pichon Rivière y Etchegoyen, 1957). Al inicio de la década, dos residentes del Hospital Nacional de Neuropsiquiatría de Buenos Aires sintetizaban la cuestión:

> “Si examinamos la situación del médico psiquiatra, nos encontramos con que posee un título habilitante de jerarquía indiscutida, pero cuya capacitación adolece de ciertas fallas” (Novomisnky y Tobar Sánchez, 1960, 84).

Con todo, al promediar la década del 60, esas posiciones irían perdiendo posiciones. En efecto, en 1965, se había reunido en San Luis el *Segundo Congreso Argentino de Psicología*, en el cual se discutiría la cuestión de la legislación del ejercicio profesional de la psicología. Allí, Juan Carlos Pizarro, de la Universidad Nacional de La Plata, señalaba que a nivel de la Provincia de Buenos Aires, se había conformado una Comisión integrada por dos profesores de la Facultad de Medicina y dos de la Facultad de Humanidades, para discutir lo relacionado con una ley provincial del ejercicio profesional de la psicología. Pizarro reconocía que en las reuniones mantenidas con los representantes de la Facultad de Medicina, se había encontrado "sorprendido" por el "alto nivel de comprensión" de los mismos, "que excedieron en mucho las esperanzas que nosotros habíamos supuesto porque llegaron a decir que el ejercicio profesional del psicólogo debería ser absolutamente libre y tener la responsabilidad de lo que ocurriera al enfermo, en lo relativo a la psicoterapia que es el punto más discutible y el punto que promueve más dificultades" (Kohan, Oñativia, Horas, Glassserman, Pizarro y Zavala, 1965, 80-81).

En el mismo año, Florencio Escardó destacaba la presencia de los psicólogos en el campo médico en términos muy diferentes a los de años anteriores:

> "La realidad cultural más activa la constituyen los psicólogos egresados de las Facultades de Humanidades; su presencia profesional gravita indiscutiblemente en las preocupaciones de los educandos y de la comunidad en general; su colaboración cada vez más frecuente en las salas hospitalarias aporta un fermento valioso y una inquietud construcitva.
>
> "Cabe afirmar que pocos ambientes como el nuestro están tan alertados y sensibilizados a las posibilidades de la psicología; el clima ha sido creado positivamente; las resistencias académicas comienzan a debilitarse." (Escardó, 1965, 289).

Otro testimonio de los cambios que se estaban produciendo, se encontraría en la *X Conferencia Argentina de Salud Mental y Asistencia Psiquiátrica*, reunida en Mar del Plata en diciembre de 1966, la cual "sancionaba la viabilidad del ejercicio de la psicoterapia por los psicólogos, con el habitual contralor médico" (Harari y Musso, 1973, 144). En la misma dirección, en enero de 1967, un grupo de Jefes de Servicio de Psiquiatría, médicos de Servicios de Psiquiatría y docentes de instituciones asistenciales, emitían un documento en el cual reconocían la necesidad social de la función del psicólogo en los servicios hospitalarios, al mismo tiempo que su participación eficiente "en tareas diagnósticas, terapéuticas, de investigación, psicoprofilácticas y docentes" (Harari y Musso, 1973, 145). En todo caso, las posiciones que seguirían cuestionando el rol psicoterapéutico del psicólogo, se fundamentarían en la primacía del *análisis didáctico*, que no formaba parte de la currícula universitaria del psicólogo y que, tal como era planteada, sólo podía garantizarse en la Asociación Psicoanalítica Argentina (Ostrov, 1973). En cualquier caso, en el mismo año de aquella declaración de Jefes y médicos de Servicios de Psiquiatría, el Poder Ejecutivo Nacional sancionaría la ley 17.132 de ejercicio profesional de la medicina, en la cual incluía al psicólogo como una auxiliar del psiquiatra, prohibiéndole el ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis (Nación Argentina, 1967).

De cualquier manera, y a pesar de aquella legislación, el consenso acerca de la capacidad psicoterapéutica del psicólogo se extendería cada vez más. Al comenzar la década del setenta, Mauricio Knobel, no sólo señalaba que en "el caso del psicólogo, su quehacer

específico es el trabajo con la conducta humana y por lo tanto, la psicoterapia es una función inherente al título" (Knobel, 1971, 110; Knobel, 1973, 241), sino que dejaba en claro que los médicos carecían de preparación adecuada en el terreno psicológico:

> "…en la mayoría de los Servicios Hospitalarios, Clínicas de Conducta, Establecimientos Educacionales y Reeducacionales de diversa naturaleza, la función del psicólogo es más y más necesaria. No tenemos en nuestro medio un personal médico suficientemente capacitado para ejercer funciones psicoterapéuticas en los distintos casos que he venido esbozando aquí. Sin embargo sí tenemos a los profesionales psicólogos con una preparación y una capacitación básica suficiente como para, mediante una capacitación y supervisión ulterior, poder ocuparse de estos problemas con eficacia" (Knobel, 1971, 106; Knobel, 1973, 236).

Y más todavía; durante el XV Congreso Interamericano de Psicología, reunido en 1974 en Bogotá, Knobel destacaba que en "la técnica de la psicoterapia dinámica … el psicólogo tiene un *rol predominante*" (Knobel, 1974, 63; el subrayado me pertenece).

En dicho contexto, una de las posiciones más claramente definidas, sostenía que el rol del psicólogo no presentaba diferencias con aquél del *psicoanalista*. La tesis, que Gregorio Bermann atribuía al italiano Mario Gozzano, señalaba "que el psicoanálisis se identifica con la psicología, que *es* la psicología misma" (Bermann, 1959, 178; el subrayado en el original). Roberto Harari, puede ser considerado uno de los representantes paradigmáticos de esta posición, tanto por su protagonismo institucional, que lo llevaría a la Presidencia de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires entre 1969 y 1971 (Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, 1969), por las polémicas públicas que sostuviera con Juana Danis (Harari, 1970), con Hernán Kesselman (Harari, 1971) y con Juan José Flesca (Harari, 1973b), así como también porque llevaría sus posiciones a foros internacionales (Harari, 1973c). Harari insistía en no limitar el psicoanálisis a una profesión, toda vez que, tal como lo planteara Freud, debía considerarse al mismo tiempo una teoría, una terapéutica y un método de investigación (Harari, 1970). Esta posición fundamentaba que, desde un punto de vista estrictamente freudiano, el psicoanálisis era nada más que una psicología, ni siquiera una psicología médica, sino una psicología *a secas*, cuyo objeto de estudio era el inconsciente. En esa dirección, Roberto Harari transcribía parte de un conocido fragmento de Freud:

> "En efecto, he dado por sentado que el psicoanálisis no es una rama especializada de la Medicina, y por mi parte no concibo que sea posible dejar de reconocerlo. El psicoanálisis es una parte de la Psicología, ni siquiera de la Psicología médica en el viejo sentido del término, ni de la Psicología de procesos mórbidos, sino simplemente de la Psicología a secas. No representa por cierto, la totalidad de la psicología, sino su infraestructura, quizá aun todo su fundamento. La posibilidad de su aplicación con fines médicos no debe inducirnos en error, pues también la electricidad y la radiología han hallado aplicaciones en Medicina, no obstante lo cual la ciencia a la que ambas pertenecen sigue siendo la Física." (Freud, 1927a, 2955).

En tal sentido, las múltiples operaciones en las que podría intervenir un psicólogo, desde psicopedagogía clínica u orientación vocacional hasta selección de personal, ya habían sido visualizadas por Freud como "aplicaciones" del psicoanálisis. A partir de tal rol, entonces, podían establecerse una serie de exclusiones:

> "Exclusión para el psicólogo, en conclusión, de los animales (orden de lo

orgánico a-verbal y por ende a-reglado); de lo fenoménico exclusivo (apariencia y distorsionante); de lo laboratorial (cuando totaliza lo parcial y artificial del experimento).” (Harari, 1970, 154).

Desde tal posición, que reconocía una explícita impronta althusseriana, Harari realizaría un cuestionamiento epistemológico a los presupuestos de Politzer, Bleger y Danis, los cuales se apoyaban teóricamente en desarrollos de la psicología concreta, y desde allí, fundamentaban la aplicación de la psicohigiene como práctica principal del psicólogo (Harari, 1973a). Una posición con numerosos puntos de coincidencia -aunque algunas disidencias-, era sostenida por Beatriz Grego e Irene Kaumann. En el marco de una crítica global a las posturas de José Bleger -aunque también de Mauricio Knobel o Edgardo Rolla-, subordinaban la problemática del rol del psicólogo a la cuestión del *objeto de la psicología.* Adhiriendo también a una perspectiva epistemológica althusseriana, enfatizaban que “el objeto de la ciencia es un objeto producido por el trabajo científico mismo, siendo por ende teórico, no empírico” (Grego y Kaumann, 1973, 71). Rechazando entonces cualquier “empirisimo”, consideraban “que con el psicoanálisis se inaugura la psicología como ciencia, y por lo tanto para nosotros, *el psicoanálisis es psicología*” (Grego y Kaumann, 1973, 71; el subrayado es mío). En esa dirección rechazaban el discurso de los psicoanalistas nombrados, que consideraban que el rol del psicólogo era *diferente* al del psicoanalista. Por el contrario, Grego y Kaumann destacaban el rol *psicoanalista* del psicólogo, a partir del criterio epistemológico que proponían, el cual, razonaban, chocaba con las profesiones ya instituidas, como la profesión psicoanalítica, entendiendo por ello, la de aquellos egresados del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Coherente con su posición, Beatriz Grego e Irene Kaumann enfatizarían la necesidad de producción teórica del psicoanálisis, más que para los egresados del Instituto de Psicoanálisis de la APA, para los egresados de la Carrera de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. La propuesta de Grego y Kaumann, partía de un estudio minucioso de las relaciones entre psicólogos y psicoanalistas, que había sido incluido en un trabajo de estudiantes de la materia Psicoanalítica II y docentes de la Facultad de Filosofía, en el cual habían participado activamente Grego y Kaumann (Estudiantes Delegados de Materia y Docentes de la Asociación de Docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA, 1971). El estudio destacaba que la relación psicólogo - psicoanalista, se desplegaba principalmente en cuatro instancias: práctica hospitalaria, grupos de estudio, terapia personal y control, en las cuales, la relación era “siempre una relación profesor-alumno, en la que el alumno es el psicólogo” (Estudiantes Delegados de Materia y Docentes de la Asociación de Docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA, 1971, 29; Grego y Kaumann, 1973, 76). En definitva, las posiciones de Grego y Kaumann en relación con el tema, no se limitaban a la discusión del rol del psicólogo. Al contrario, sus posiciones involucraban, al menos, tres cuestiones de envergadura. La primera, la fundamentación verdaderamente *epistemológica* que sostenía todo el debate sobre el rol del psicólogo. Segundo, un cuestionamiento profundo y exhaustivo de las condiciones de implantación del psicoanálisis “oficial” de la APA. Resulta de interés que la crítica de los docentes y estudiantes de la carrera de psicología hubiera sido contemporánea de los planteos surgidos en la interioridad de la propia APA, que llevarían a las rupturas de la misma de noviembre de 1971, tema sobre el que volveremos (Bauleo, 1973; Braslavsky y Bertoldo, 1973; Langer, Palacio y Guinsberg, 1984). Pero el análisis de Grego y Kaumann a la institucionalización y producción del psicoanálisis de la APA, conllevaba una crítica en cierto sentido más profunda que las surgidas en Plataforma y Documento, ya que no sólo se centraba

en las relaciones de poder internas de la institución, sino también en las relaciones establecidas por los psicoanalistas de la APA con el grupo profesional de psicólogos, como así también en las restricciones que todo el proceso de institucionalización y producción de profesionales de la APA significaba para el desarrollo de un psicoanálisis inscripto en la tradición de la universidad pública, costeado por el estado. Y tercero, en relación con el punto anterior, Grego y Kaumann proponían un programa completo capaz de garantizar "la carrera de Psicoanálisis en la Universidad de Buenos Aires" (Grego y Kaumann, 1973, 87). La complejidad de la propuesta de las dos psicólogas puede apreciarse en ese último punto, que partía del establecimiento de un Plan de Salud centralizado por el Estado, a la manera del Sistema Nacional Integrado de Salud, que formularía el gobierno de Cámpora.

Otra posición bien diferenciada en el debate, sostenía la posición del psicólogo como *agente de cambio.* "En pleno auge desarrollista se nos asignaba -y muchos se autoasignaban-el rol de 'agentes de cambio' psicosocial" (García, 1983, p. 31). También Harari coincidía en que en el marco del proyecto "desarrollista, modernizante y 'liberal'" "se inscribiría la psicología, que prontamente pasó a ser el instrumento para producir congruentemente 'agentes de cambio' que, 'comprometidamente', creyesen en la incidencia trascendente que les cabía en los derroteros de nuestra formación económica" (Harari, 1983, p. 40). Harari filiaba correctamente el modelo del "agente de cambio" en la práctica de la psicohigiene y en la psicología de la conducta, cuestión sobre la cual volveremos. En efecto, Bleger había definido el rol del psicólogo de diferentes maneras, pero todas ellas orientadas en una misma dirección. "El psicólogo es un especialista en tensiones de la relación o comunicación humana" (Bleger, 1966, p. 39). Y ya para el caso del psicólogo institucional, "es el técnico de la explicitación de lo implícito" que si bien ayuda a comprender los problemas, "él *mismo no decide, no resuelve ni ejecuta*" (Bleger, 1966, p. 61; las bastardillas en el original). En definitiva:

> "El psicólogo es -aun por su sola presencia- un *agente de cambio* y un catalizador o depositario de conflictos, y por ello las fuerzas operantes en la institución van a actuar en el sentido de anular o amortiguar sus funciones y su acción....En todos los casos, la función del psicólogo es la de reconocer todos estos mecanismos y no actuar en función de ellos, sino actuar sobre ellos, tratando de modificarlos" (Bleger, 1966, 75; el subrayado es mío).

En esta dirección se incluía la propuesta de Juana Danis, una de las fundadoras de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires en 1962 (Asociación de Psicólogos, 1962), quien planteaba la necesidad de una diferenciación entre el rol del psicólogo y aquél del psicoanalista, proponiendo para el psicólogo un *rol centrado en la higiene mental*, en la profilaxis. Desde tal función, al psicólogo le correspondería "asistir los momentos de cambio", aun cuando no le correspondería promoverlos (Danis, 1969, 79). En todo caso, aun cuando el psicólogo pudiera disponer de recursos provenientes del psicoanálisis, "trabaja en la trinchera de afuera, su ángulo de trabajo lo acerca a los del sociólogo, a los del antropólogo" (Danis, 1969, p. 82).

En una dirección coincidente, Mauricio Knobel, Beatriz Scáziga y Pedro Segal, enfatizaban la diversidad de conocimientos que resultaban indispensables "para que el psicólogo pueda ejercer como un especialista en Higiene Mental, que es lo que en realidad propiciamos" (Knobel, Scáziga y Segal, 1966, 71). Los tres autores, docentes de la Cátedra de Higiene Mental en la Carrera de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, señalaban la necesidad de

una formación intensa en psicología general, psicología evolutiva, psicología dinámica, así como una formación en las "áreas de actividad humana" como el trabajo, el estudio, la recreación y los movimientos de cambio como matrimonio, vejez, etc. Con todo, la propuesta de los autores no excluía el reconocimiento y el tratamiento de la patología, al mismo tiempo que la delimitación del rol profesional, no estaba preocupada por la posible superposición con el rol del psicoanalista, sino con la del sociólogo:

> "Los fenómenos sociales no deben entonces estudiarse con la agudeza y orientación del sociólogo, pero sí con la intencionalidad informativa capacitante para elaborar una acción psicológica eficaz" (Knobel, Scáziga y Segal, 1966, 71).

En cualquier caso, Knobel y su equipo, señalaban las dificultades de definir el rol profesional del psicólogo, a partir de la tensión entre actividades polarizadas: psicodiagnóstico-psicoterapia, psicología laboral-psicología clínica; higienista-psicoterapeuta; investigador-clínico. En ese contexto, señalaban el prejuicio hacia la higiene mental, considerada una técnica de adaptación del individuo al medio. En realidad, enfatizaban que el psicohigienista procuraba una adaptación al medio "dinámica, activa, pujante, modificadora y hasta revolucionaria si las circunstancias lo exigen" (Knobel, Scáziga y Segal, 1966, 74). El tópico de la *adaptación activa* (Pichon Riviere, 1965; Sanz Ferramola, 2000), ya había sido señalado por Mauricio Knobel en un trabajo durante el 9º Congreso Interamericano de Psicología reunido en Miami en 1964:

> "Creo que no podemos ya aceptar el sometimiento pasivo, sino que debemos bregar por una *adaptación activa*, que significa lucha, que implica modificaciones ambientales, progreso y cambio de normas y estructuras." (Knobel, 1964, 140; el subrayado en el original).

En 1971, se haría cargo de la Cátedra de Higiene de la misma universidad, Sylvia Bermann. Con integrantes de su equipo docente, la hija de Gregorio Bermann, enfatizaría que el primer objetivo de su enseñanza, estaba centrado en promover la importancia de las tareas preventivas y de la psicohigiene, "ocultas tras el velo de un ejercicio individual y puramente curativo de la profesión, de una asimilación al modelo médico tradicional, el de la práctica privada" (Bermann, Moreno, Tisminetzky y Voloshin, 1973, 13). La crítica de Sylvia Bermann y colaboradores al enfoque clínico tradicional, no se limitaba al psicólogo, sino que explícitamente abarcaba al psiquiatra y al sistema de salud mental en su conjunto, todo ello, a su vez, en el marco de las condiciones sociales y políticas de América Latina. Y también en su propuesta, se perfilaba un rol profesional centrado en la psicohigene o en la prevención, que pretendía ser común para los distintos trabajadores de la salud mental. De todas maneras, y aun sin pretender exagerar las diferencias, no puede desconocerse que mientras las posiciones de Danis, Bleger o Knobel, reconocían todas ellas su deuda inequívoca con la teoría psicoanalítica, la posición de Sylvia Bermann, como la de su padre, se originaba en una destacada trayectoria en la práctica psiquiátrica, que ya había advertido tempranamente la necesidad de una orientación profiláctica, sanitarista y cultural de la salud mental, capaz de organizar, desde el estado, una respuesta integral al problema de las enfermedades neurológicas y mentales (S. Bermann, 1956).

Al mismo tiempo, diferentes posiciones se movían entre uno y otro extremo del debate, como así también diversos matices e inflexiones de ambas posturas. En una Mesa Redonda

convocada por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, sobre "El quehacer del psicólogo en la Argentina de hoy", Diana Averbuj, integrante del Consejo de Redacción de *Cuadernos de Psicología Concreta*, planteaba la necesidad de "desmitificar" por omnipotente al psicólogo como 'agente de cambio', mientras "algunos socios opinaron que el psicólogo, por el mero hecho de serlo, no por ello es ya un agente de cambio", sino que para ello sería necesaria su "participación como ciudadanos" (Calvo, Malfé, Averbuj, Devries y Belottini, 1969). Por su parte Osvaldo Devries, desde su compromiso con la izquierda peronista, y diferenciándose de "las ideologías que se proponen agudizar las contradicciones como única vía para la toma de conciencia abrupta", planteaba que el objetivo del psicólogo era "rescatar y preservar al máximo nivel posible las condiciones reflexivas del ser humano". Para ello, su tarea se podía desplegar en un doble frente: directamente a nivel del trabajo con los "hombres", como a nivel de las condiciones en que el sujeto se desarrollaba. A tal fin, proponía "conocer la realidad argentina" (Calvo, Malfé, Averbuj, Devries y Belottini, 1969, p. 85).

La concepción del psicólogo como agente de cambio, se inscribía en el clima de ideas que promovieron la constitución de una *nueva izquierda*, la cual, a partir del contexto internacional generado por la revolución cubana, y de una pronta decepción con la figura de Frondizi, encontraría, sobre todo a partir de 1966, formas de *compromiso* y militancia crecientemente radicalizadas. Oscar Terán en su magnífico estudio sobre la constitución de la nueva izquierda entre 1956 y 1966, y refiriéndose a la aparición del "intelectual orgánico", bien representado en las figuras más destacadas de la publicación cordobesa *Pasado y Presente*, concluía:

> "Al construir esta compleja definición del lugar del intelectual, *Pasado y Presente* instalaba por eso mismo un plexo de fuerzas entre práctica política y teórica que sería definido con énfasis diversos a lo largo de sus centenares de páginas. Que esta tensión es fundacional lo revela esta misma estratégica presentación programática firmada por José Aricó que parece oscilar entre la afirmación de una mayor autonomía de la teoría y *una concepción donde la filosofía, la psicología y las demás disciplinas sociales deben servir como herramientas de transformación*" (Terán, 1991, 164; el subrayado me pertenece).

En ese sentido, el programa evocaba la conocida tesis 11 sobre Feuerbach: "Los filósofos se han llamado a *interpretar* el mundo; de lo que se trata es de *transformarlo*" (Marx, 1845, 668), que era aplicable no sólo a la filosofía, sino también a la psicología y otras ciencias sociales (Sanz Ferramola, 2000). Así por ejemplo, se ha señalado que Pichon Riviere se interesaba por una psicología operativa, en tanto constituía una una disciplina "socialmente transformadora" (Vezzetti, 1998, 483). En la misma dirección, entre tantos otros testimonios, resultan significativas las Conclusiones que fueron elevadas al Primer Encuentro de Psicología Social, reunido en Mar del Plata en 1971, que había contado con la adhesión de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires y de la Federación Argentina de Psiquiatras, y en el que habían participado representantes de todo el país como Carlos Sastre y Juan Samaja de Buenos Aires, Aníbal Lentini de San Luis, Marta Gerez de Tucumán, entre otros. En tales conclusiones, se planteaba, en primer lugar, que el "objetivo del psicólogo como trabajador social es contribuir a modificar el régimen de convivencia entre los seres humanos, régimen que actualmente consideramos enfermante" (Anónimo, 1971a, 146). A tal fin, no sólo se enfatizaba que el psicólogo debía asumir una "postura crítica ante el sistema social", sino que se señalaban dos

niveles del compromiso del psicólogo imprescindibles para el "cambio social": el de un quehacer revolucionario concreto a través de la militancia política, y el de una "actividad revolucionaria en la ciencia psicológica misma, por medio de una revisión crítica de teorías, técnicas y formación del psicólogo como tal" (Anónimo, 1971a, 147).

En ese contexto, la invocación al cambio era resultado de un pensamiento que el propio Bleger había planteado tempranamente, y que si podía fundamentarse en principios marxistas, en modo alguno excluía al psicoanálisis, aunque fuera sumamente crítico de determinadas instituciones psicoanalíticas:

> "A diferencia del psicoanálisis, el marxismo es una concepción unitaria del mundo, de la naturaleza, la vida y la sociedad que se propone, con esta concepción, *cambiar las condiciones de vida de la sociedad*". (Bleger, 1962, p. 55-56; el subrayado es mío).

El debate sobre las posibilidades transformadoras del psicoanálisis sería una constante entre los psicoanalistas de izquierda desde finales de los sesenta. En realidad, el interés por el psicoanálisis desde una mirada de izquierda no era nuevo. Al contrario, Marie Langer invocaría reiteradamente a Wilhelm Reich (Langer, 1971a; 1971b; Langer y Bauleo, 1973). En Argentina, por su parte, el interés por el psicoanálisis en una franja intelectual de izquierda también se había manifestado desde los años treinta, antes todavía de la constitución en 1942 de la Asociación Psicoanalítica Argentina (Klappenbach, 1997; Vezzetti, 1996b). En el período que estamos examinando, hacia 1969, dos acontecimientos contribuyeron a radicalizar los planteos. Por una parte, los sucesos políticos y sociales que desembocarían en el Cordobazo y el Rosariazo. Por otro, el 26º Congreso Internacional de Psicoanálisis, organizado por la IPA en Roma, durante el cual, y de manera paralela, Plataforma Internacional organizaría un "contracongreso", en el cual tendrían una destacada participación Hernán Kesselman y Armando Bauleo y en donde se discutirían cuatro cuestiones: a) la formación del psicoanalista; b) el significado, estructura y función de las sociedades psicoanalíticas; c) el papel social de los psicoanalistas y la imagen social del psicoanálisis; d) relaciones entre psicoanálisis e instituciones (Braslavsky y Bertoldo, 1973; Kesselman, 1971). En ese contexto, era clara la inscripción de la "izquierda freudiana" en el proceso político y social que atravesaba el país:

> "Era 1971 y ya alguno de nosotros conocíamos el Congreso de Roma y la formación de Plataforma Internacional. En la misma época el empeoramiento de la situación económica y política había creado una escalada represiva cuya tensión inundaba también nuestros consultorios. El conjunto de los intelectuales argentinos asume el compromiso de oposición a la dictadura militar, y, en un contexto de creciente politización de los psiquiatras, se producen las renuncias de los grupos Plataforma y Documento a la APA" (Galende, 1973, p. 57).

En tal sentido, las rupturas de Plataforma y Documento impactarían no sólo sobre el reducido grupo de psicoanalistas de la APA. Por el contrario, el propio Galende se refería a la constitución del Centro de Estudios Psicoanalíticos de Rosario, enfrentado a la APA, en el cual, sobre ciento veinte miembros, ochenta eran psicólogos, y ubicaba la cuestión de la formación de psicoanalistas en un campo que incluía la "primera Escuela Superior de Psicología del País [en Rosario]" (Galende, 1973, p. 56). Al mismo tiempo, Manuel Braslavsky y Carlos Bertoldo concluían su historia del movimiento psicoanalítico argentino con la constitución del Centro de

Docencia e Investigación (CDI), en el seno de la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental, conformada conjuntamente por la Federación Argentina de Psiquiatras, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, la Asociación de Psicopedagogos de Buenos Aires y la Asociación Nacional de Asistentes Sociales (Braslavsky y Bertoldo, 1973). El propio Informe de Santiago Dubcovsky, delegado de la Federación Argentina de Psiquiatras al CDI, destacaba "la gran movilización en todos los profesionales dedicados a la Salud Mental", inscribiendo la ruptura de Plataforma y Documento a la APA en el marco de "una actividad científica y gremial, claramente enrolada en un proyecto político mínimo en que la inscripción del Psicoanálisis se hiciese en condiciones diferentes, poniéndolo al servicio de una sociedad socialista" (Dubcovscky, 1973, 133). Inclusive, no faltaron quienes observaran "la mayor politización de los psicólogos en relación con los médicos", tanto como "su potencial actividad como 'agentes de cambio'" (Bigliani, de Bigliani y Esmerado Capdouze, 1971, 146). En cualquier caso, la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental y el propio CDI, constituyeron un ámbito en el cual confluían profesionales provenientes de la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis (Anónimo, 1971b).

En definitiva, el debate sobre el rol del psicólogo era permeable a los debates en la interioridad del campo psicoanalítico. Y ello por dos razones que estaban bien anudadas. Del lado del campo psicoanalítico, porque la ruptura de la izquierda freudiana con la APA había generado un nuevo psicoanálisis decididamente volcado al "afuera" de la institución psicoanalítica, en donde se reecontraba no solo con la sociedad en su conjunto sino también con otros trabajadores de la salud mental, en particular, los psicólogos. Del lado del campo psicológico, tanto porque la formación universitaria se había modificado sensiblemente desde finales de los cincuenta, y el pensamiento psicoanalítico se había convertido en teoría hegemónica, como porque de nuevo, también se impulsaba una psicología "en el afuera", que reecontraba un psicoanálisis fuertemente transformado.

En tal sentido, cabe señalar que la contradicción entre el rol del psicoanalista y el de agente de cambio, era , en verdad, relativa, ya que la gran mayoría de los partidarios de un rol centrado en la promoción de cambios, en modo alguno excluían al psicoanálisis como uno de los fundamentos centrales de tal rol. Después de todo, el propio José Bleger era un prominente didacta de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y Marie Langer subrayaba que existían citas de Freud "sucumben a un olvido que no es inocente" (Langer, 1971a, 14), como ejemplificaba con aquélla de *El porvenir de una ilusión* que reproducía textualmente: "Una cultura que deja insatisfecho a un número tan grande de sus participantes y los impulsa a la rebelión, ni tiene probabilidad de conservarse definitivamente, ni se lo merece." (Freud, 1927b, 1966).

En esa dirección, la propia Juana Danis reconocía que el psicólogo podría disponer de conocimientos psicoanalíticos, mientras Ricardo Malfé, sostenía que, a diferencia del antropólogo que principalmente se interesa en conocer, "un psicólogo –por toda su tradición como profesional empeñado en provocar cambios- no es solamente un mero conocedor de ese nuevo campo, sino que debe encontrar estrategias de operación, inclusive sobre una comunidad, lo que es muchísimo más complicado" (Danis, Bohoslavsky, Malfé, de Ocampo, Berlín y Goldín, 1970, 117). En ese marco, afirmaba "que no puede formarse un psicólogo en forma científica, si carece de preparación en Psicoanálisis. Creo que esto es absolutamente indispensable" (Danis, Bohoslavsky, Malfé, de Ocampo, Berlín y Goldín, 1970, 118). Malfé reiteraría esas posiciones una década más tarde, en un trabajo que mostraba que no resultaba

posible epistemológicamente, la exclusión del psicoanálisis del campo de la psicología. Por el contrario, sostenía que así como la revolución darwiniana no había llevado a la constitución de un campo científico nuevo, segregado de la biología, ni la revolución einsteniana había implicado un alejamiento del campo de la física, tampoco la revolución psicoanalítica debiera entenderse fuera del campo de la psicología: "la búsqueda freudiana..., desembocó en una revolución *de la psicología*, o mejor dicho, en una revolucionaria *psicología* (Malfé, 1983, 18; los subrayados en el original). También dos reconocidas psicólogas de las primeras camadas de graduados, en cuyo domicilio particular se había realizado la reunión constitutiva de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (1962), fundamentaban su trabajo en psicohigiene con púberes a partir de una marco referencial que incluía "la comprensión dinámica de las conductas *según el psicoanálisis*" (Calvo y Calvo, 1970, 99; el subrayado me pertenece). Inclusive Roberto Harari, quien, como se ha analizado, adhería abiertamente al modelo de un psicólogo psicoanalista y rechazaba el rol psicohigienista en los términos blegerianos, podía fundamentar el desempeño del psicólogo en el ámbito social o comunitario, a partir de la aplicación del psicoanálisis (Harari, 1973a). En esa dirección, al comienzo de la década del setenta, supervisaría un trabajo comunitario destinado a la erradicación de villas de emergencias a partir de la "teoría psicoanalítica como única teoría científica que da cuenta de los problemas psicológicos" (Gutiérrez, 1971, 130). Lo interesante de dicho trabajo, es que articulaba conceptos blegerianos extraídos de *Simbiosis y Ambigüedad* (Bleger, 1967), en particular referidos al llamado *núcleo glishrocárico*, que permitía conceptualizar algunas características de personalidad presentes en los individuos de comunidades marginales, conceptos de Harari como el de *interpretación inclusiva*, todo ello en el marco de la prevención primaria y secundaria esbozada por Caplan y en una definición de los ámbitos de trabajo -individual, grupal, institucional y comunitario- de indudable raigambre blegeriana (Stancato, Georgieff, Piccini, Vila, Iorio, 1970).

Por otro lado, si uno de las dimensiones del debate acerca del rol, estaba centrada en la polémica psicoanalista o agente de cambio, otra dimensión, que por momentos se superponía a la anterior, pero que reconocía aristas propias, era acerca del rol como psicólogo *clínico* o como psicólogo orientado a *otras especializaciones*, donde también el psicoanálisis ocuparía un lugar destacado. En efecto, en aquella Mesa Redonda en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) sobre "El quehacer del psicólogo en la Argentina de hoy", Rodolfo Bohoslavsky consideraba que si en la década del sesenta la reivindicación del psicólogo había estado centrada en el derecho a la psicoterapia, en la década del setenta, "la lucha será por el derecho a otros campos" (Danis, Bohoslavsky, Malfé, de Ocampo, Berlín y Goldín, 1970, 112). Y aun desde una argumentación diferente, más vale destinada a cuestionar la inclusión de la psicología como auxiliar de la psiquiatría, tal como lo había establecido la ley 17132 del ejercicio profesional de la medicina, Félix Jorge Chaparro expresaba ideas parecidas. En su opinión, era "un grave y peligroso error" identificar la psicología clínica "como sinónimo de psicología" (Chaparro, 1970, 139), ya que la psicología clínica era apenas "*una de las áreas* de actividad del psicólogo" (Chaparro, 1979, 139-140; las bastardillas en el original). También fuera del ámbito de la APBA, y desde una posición crítica hacia el psicoanálisis, podía considerarse que el énfasis en lo clínico era una deformación producida por el exceso de psiquiatras y psicoterapeutas en funciones de docencia en las carreras de psicología. Ello había producido que el psicólogo en la Argentina, egresara de la universidad "sin tener *una idea acabada de su rol* y con una pésima autoimagen profesional" (Saforcada, 1969, 51; las bastardillas me pertenecen).

En cualquier caso, aun en campos de trabajo tradicionalmente alejados de la clínica, como la orientación vocacional, podía fundamentarse una *estrategia clínica*, la cual, aun cuando no se confundía con una psicoterapia, partía de la elaboración de un *diagnóstico* del entrevistado (Bohoslavsky, 1969). Y en esa dirección, uno de los promotores de la organización de carreras de psicología en el país, Plácido Horas, no obstante reconocer los distintos campos de ejercicio profesional de la psicología, afirmaba el *carácter clínico* de determinados abordajes en psicología escolar, laboral o social:

> "La psicología siempre es descripción, explicación y comprensión de la conducta. Y es clínica cuando su objetivo se particulariza en una individualidad la que, por otra parte, no puede aislarse de su contorno donde juega y asume un papel....La variedad de ámbitos de ejercicio profesional, condiciona rasgos y acentos cambiantes en la tarea, dando mayor o menor profundización y/o preparación en ciertos tópicos; pero no constituyen campos específicos de casi mutua ignorancia. Y los menesteres se amplían: en cualquier lugar donde obra el hombre (opinión pública, servicios de información y propaganda, tribunales), hay un espacio para la actividad del psicólogo que puede intervenir para que aquellas operaciones sean más rápidas, eficaces y adecuadas a la variedad de necesidades. Pero, en todo ello y siempre –insistimos- *la auténtica función del psicólogo será la clínica*" (Horas, 1961, 351; el subrayado me pertenece).

En efecto, las investigaciones realizadas en aquellos años, evidenciaban la preferencia entre los psicólogos por el campo clínico. Así, por ejemplo, un estudio realizado en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires a finales de los sesenta, evidenciaba que el 77 % de los psicólogos de dicha ciudad trabajaban en el área clínica (Litvinoff y Gomel, 1973). Por su parte, otro realizado en San Luis, señalaba que resultaba "sorprendente" el escaso interés por otros ámbitos laborales (Mikusinski, Carugno y Nassif, 1976). En efecto, si se había señalado el impactante desarrollo de las psicoterapias, casi todas derivadas del psicoanálisis en las grandes ciudades argentinas, especialmente Buenos Aires (Brignardello, 1975), un estudio realizado en la pequeña ciudad de San Luis, revelaba idéntica preferencia por el área clínica, que era interpretada como "una suerte de atracción magnética en el foco atencional del psicólogo con tendencia a satisfacer el 'Sueño del diván propio'" (Rodríguez Kauth, 1973, 112).

El prestigio de la psicología clínica, por otro parte, se anudaba, con la actividad psicoterapéutica, al mismo tiempo, valorada y restringida desde el punto de vista legal, como ya analizáramos. En tal sentido, el Instituto Nacional de Salud Mental, convocaría al Primer Simposio Cerrado de Psicología Clínica, en 1970. Una de las recomendaciones de dicho Simposio, había consistido en la organización de un Consejo Nacional de Capacitación en Psicología Clínica, destinado a supervisar las residencias en psicología y, finalmente, a otorgar los títulos de especialista en psicología clínica, a aquellos graduados que hubieran cursado un posgrado de tres años. Con todo, Félix Chaparro hacía notar las desigualdades entre ese organismo que se proponía y su similar, el Consejo Nacional de Residencias Médicas, ampliamente participativo y cuya función era únicamente de coordinación. Al mismo tiempo, señalaba la ya apuntada necesidad de no confundir el rol del psicólogo clínico y el rol del psicólogo en general (Chaparro, 1970).

En cualquier caso, interesa constatar que, tal como lo adelantáramos, en cierto punto el debate sobre los distintos *campos* de la práctica profesional se superponía con el debate acerca de la *función* del psicólogo. En tal sentido, la cuestión principal parecía ser la de establecer el

rol adecuado para prácticas menos tradicionales. Un caso interesante lo constituía la definición del rol del psicólogo en el ámbito de una comunidad terapéutica. Allí, por ejemplo, se volvía necesario replantear la tradicional distinción entre las instancias de evaluación y operación, ya que ambas se daban simultáneamente. Asimismo, el espacio de las asambleas, exigían poner a un costado las nociones aprendidas acerca del "secreto profesional", características de la sesión psicoanalítica tradicional:

> "Quizás nuestro primer gran impacto fueran las Asambleas, donde el paciente hace su presentación en Comunidad, y se lo confronta desde el comienzo con la realidad y su problemática vital, Cuando el paciente no lo hacía se nos pedía completar su historia en público.
>
> "Aquí nuestra paralización era total, entrábamos en conflicto con reglas de encuadre tradicionales y con lo que llamamos 'secreto profesional'" (Costaguta, Panizo, Oderda, Intrieri, Veiga, Loviscek, Casinelli, Pajariño, Corbanini, Zablotzky, Milla, y Montagut, 1970, 102).

En tal ámbito, en definitiva, "el rol del psicólogo se plasma en función de las nuevas necesidades que vayan surgiendo, recibiendo modificaciones y reestructuraciones. Es un *rol en transición*" (Costaguta, Panizo, Oderda, Intrieri, Veiga, Loviscek, Casinelli, Pajariño, Corbanini, Zablotzky, Milla, y Montagut, 1970, 106; el subrayado es mío).

En una dirección parecida, la definición del rol del psicólogo en la institución escolar, partía, en primer lugar, de diferenciar los distintos niveles o ámbitos de trabajo, según funcionara como consultor externo o consultor interno, es decir, como personal de la institución (Maldavsly y Boffa, 1969). Lo interesante resultaba la multiplicidad de tareas posibles para el psicólogo, desde la capacitación hasta el diagnóstico, y desde la conformación de grupos operativos o de discusión hasta la resolución de conflictos situacionales, en un amplio espectro donde "la preparación para el cambio y orientación vocacional en séptimo grado" era sóla una tarea más entre tantas. También Oscar Oñativia, de Salta, quien se venía desempeñando en el área desde principio de los cincuenta, reconocía tres maneras de inserción del psicólogo en educación. A partir de esa distinción, y no obstante cuestionar que el interés en los niños atípicos o perturbados descuidaba el "ajuste relativamente normal de la mayoría de los niños que asisten a la escuela común" (Oñativia, 1965, 71), reconocía lo que había significado el psicoanálisis en dicho campo, al aproximar la psicología educacional y la clínica:

> "Pero a medida que la realidad educativa fue haciéndose más compleja y se aprendió a discriminar y apreciar científicamente sobre todo con la ayuda del psicoanálisis un sin fin de cuestiones vinculadas a problemas conductuales aparentemente colaterales al aprendizaje escolar, como ser trastornos emocionales que impiden a los niños progresar en la escuela, alteraciones de carácter y comportamientos atípicos que originan problemas de disciplina y relaciones de pareja con los maestros, inadaptación del niño en el grupo escolar, rechazos y conflictos interpersonales, desinterés e intolerancia a las frustraciones, el psicólogo escolar tuvo que munirse de otros conocimientos y equiparse con otras técnicas.
>
> "La psicología educacional requirió entonces de la contribución de la psicología clínica, de las técnicas de exploración de la personalidad, de algunas psicoterapias especiales como las del juego, pintura y psicodrama" (Oñativia, 1965, 73).

Y también en relación con el psicólogo escolar, Ovide Menin, quien en la primera mitad de los cincuenta había iniciado estudios en la antigua carrera de Asistente de Psicotecnia de la Universidad del Litoral y constituía otro de los escasos puentes entre aquellos estudios y las nuevas carreras de psicología (Menin, 1999), señalaba las dificultades existentes en el terreno de los grupos aplicados a la enseñanza, ya que la mayor parte de la bibliografía estaba "impregnada de la concepción psicoanalítica", la cual se apoyaba en una experiencia considerabale en el campo clínico, pero reducida en el pedagógico (Menin, 1965, 69). En una dirección coincidente, Berta Braslavsky cuestionaba la confusión entre psicoterapia y educación -y entre psicólogo clínico y psicólogo educacional-, que consideraba que se había originado históricamente en el Instituto Psicoanalítico de Viena. Así, subrayaba las actividades escolares que iban más allá de la salud mental, y aun cuando admitía que el psicólogo escolar podía participar en una amplia variedad de funciones, desde la elaboración y evaluación de planes de estudio, hasta la prevención y tratamiento de los problemas de la orientación profesional, quedaba claro que en lo relacionado con la patología, su rol se limitaba al "reconocimiento de los síntomas que caracterizan a los niños técnicamente considerados 'inadaptados', para derivarlos a los centros que de ellos se ocupan" (Braslavsky, 1965, 29).

Un campo que aproximaba los problemas educativos y los clínicos era el relacionado con los Institutos de Menores. Allí, Mauricio Knobel comenzaba por reivindicar la pertinencia del psicólogo ante la cuestión "psicopedagógica, reeducativa y de orientación y guía que necesitan los menores asilados en institutos dependientes del Consejo de la Minoridad [de la Provincia de Buenos Aires]" (Anónimo, 1967, 123). En esa dirección, así como dicho Consejo contaba con un cuerpo médico, se hacía necesario realizar acciones que se ocuparan de la salud mental de los menores, considerando que debía reconocerse "la existencia y la capacidad técnico-científica" del psicólogo (Anónimo, 1967, 124).

Con todo, también las áreas más tradicionales exigían una redefinición del rol profesional, y en ese marco, comenzaban a reconocerse distintas actividades en el campo de la clínica, y, en particular, la posibilidad de terapias breves, o de "procesos correctores de duración y objetivos limitados", como los denominaba Hernán Kesselman (1970), en base a las enseñanzas de Pichon Rivière. En efecto, Pichon Rivière había fundamentado que la "*tarea correctora* [del terapeuta familiar] consistirá en la reconstrucción de las redes de comunicación, tan profundamente perturbadas, en un replanteo de los vínculos, con una reestructuración del interjuego de roles" (Pichon Rivière, 1965, 70; las bastardillas me pertenecen). Para Kesselman, la posibilidad de las psicoterapias breves, se daban en un contexto en el cual se negaban las posibilidades de "psicoanálisis para todo el mundo", en función de ciertas condiciones o exigencias propias del psicoanálisis. Cinco categorías resumían esas exigencias, según Kesselman: longitud temporal, tolerancia al sufrimiento, vínculo cerrado analista-paciente, costo económico del tratamiento e investigación no directiva (Kesselman, 1969b; 1970).

En tal sentido, la propuesta de la psicoterapia breve adquiría sentido a partir de un doble contexto. Por una parte, en el ya mencionado marco de las polémicas de los jóvenes psicoanalistas y candidatos a analistas contra la International Psychoanalytical Association (IPA), que reunía a las entidades psicoanalíticas "oficialistas" (Kesselman, 1971). Por otra, en las necesidades de masificación de la asistencia psicológica, de una asistencia "popular y nacional":

> "¿Cómo pensar entonces en confeccionar técnicas de duración limitada, es decir, *breves* –que es la única manera de concebir que sean al mismo tiempo

populares?...¿Cómo hacer que esas técnicas partan desde una realidad ligda a nuestro país, para que puedan operar contemplando nuestras características regionales, es decir, que sean *nacionales*? (evitando la poco conveniente extrapolación de modelos técnicos que quizá fueran adecuadas para otras culturas y otros lugares pero que han sido confeccionadas no para nuestras necesidades e intereses sino para cubrir las necesidades e intereses de otras poblaciones).” (Kesselman, 1969a, 54).

Es interesante subrayar que aun cuando la propuesta de Kesselman hubiera recibido severas críticas, las mismas reconocían que la problemática que abordaba resultaba “crucial” (Sastre, 1969, 98). De todas maneras, desde el punto de vista teórico, el psicoanálisis, o los *distintos abordajes filiados en el psicoanálisis*, volvían a aparecer en este período como uno de los ejes principales en torno al cual giraban todos los debates. Al mismo tiempo, resulta llamativo que la propuesta de psicología de la conducta, en los términos blegerianos, tuviera una escasa afinidad con el conductismo o aun con los modelos comportamentales de origen francés, con exclusión de Lagache. En efecto, Bleger no sólo cuestionaba las “limitaciones mecanicistas” del conductismo americano (Bleger, 1963, 27), o sus presupuestos elementalistas y asociacionistas (Bleger, 1963, 268), sino que explícitamente reconocía:

“El término conducta se ha convertido así, en la actualidad, en patrimonio común de psicólogos, sociólogos, antropólogos, sin que por este solo empleo se esté filiado en la escuela del behaviorismo; inclusive se ha convertido en un término que tiene las ventajas de no pertenecer ya a ninguna escuela en especial y de ser lo suficientemente neutral como para constituir o formar parte del lenguaje común a investigadores de distintas disciplinas, campos o escuelas” (Bleger, 1963, 28).

En una dirección coincidente, otros dos miembros de la Asociación Psicoanalítica Argentina, consideraban al psicólogo como un especialista de la *conducta humana*, también con escasas referencias al conductismo americano. Así, Mauricio Knobel enfatizaba que en “el caso del psicólogo, su quehacer específico es el trabajo con la conducta humana” (Knobel, 1971, 110; 1973, 236). León Ostrov, por su parte, quien en 1935 se había iniciado como Ayudante de Trabajos Prácticos del antiguo Instituto de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Instituto de Psicología, 1935), y en 1959 llegaría a ser Profesor Titular de la nueva cátedra de Psicología Psicoanalítica I en la misma universidad, afirmaba que el “psicólogo estudia una realidad: la conducta del hombre, en sus fundamentos biológicos y en su interjuego con la realidad social” (Ostrov, 1973, 256). En cualquier caso, la noción de conducta en Bleger, Knobel u Ostrov, parecía distante de cualquier filiación *behaviorista*, como lo explicitaba el propio Bleger, y estaba suficientemente extendida en aquellos años. No sólo Antonio Caparrós, desde 1961 Profesor Titular de Psicología II en la Universidad de Buenos Aires, afirmaba con integrantes de su equipo docente que “en el estudio de la psicología no deben separarse procesos y contenidos; sino que ambos deben ser referidos a la conducta concreta, como unidad de significaciones que integra en sí misma las determinaciones sociales, no como exterioridad, sino como parte necesaria de su dinámica interna” (Caparrós, Day, Fischer, Fernández, Meno Marque, Snopic y Arroyo, 1965, 95), sino que inclusive Plácido Horas reconocía que las distintas corrientes de la psicología, reconocían algunas coincidencias que favorecían la unidad de la psicología, en primer lugar, “la aceptación de la conducta como objeto; sin desconocer lo convertible y equívoco del término, significa el desplazamiento de los no menos confusos vocablos de alma, mente, etc. Y la exigencia programática de aclarar conceptualmente la realidad del comportamiento” (Horas, 1965, 146). Por supuesto, en una obra

colectiva, que reunía ponencias de un simposio de la Asociación de Psicología Científica en lengua francesa, que se editaría en nuestro país en 1970, tampoco faltaban planteos que cuestionaban la noción de la psicología como una ciencia de la conducta (Canestrelli, Chauvin, Colle, Meulders, Fraisse, Klineberg, Musatti, y Zazzo, 1970). Pero como se señalaba a propósito de esas posiciones, "la discusión debe ser desplazada de la crítica centrada en la definición de que la psicología es la ciencia de la conducta, a la crítica de la definición de conducta" (Fernández Alvarez, 1970, 28). En ese sentido, la operación blegeriana que incorporaba la noción de conducta en un horizonte de significaciones bien diferenciado del americano, tampoco era solitaria en el campo próximo al marxismo. Al contrario, con reminiscencias también politzerianas, podía fundamentarse el significado concreto de la conducta, entendiendo por concreto "el sentido que le da Marx, como unidad de lo diverso" (Snopik y López Day, 1965, 176) o subrayando la conducta como "expresión concreta del movimiento dialéctico" de la personalidad (Nasio y Caparrós, 1965, 174). En definitiva, la noción de *conducta* que ambiguamente circulaba en el país, remitía menos a la tradición americana que a la francesa, en la cual ya en 1908, Piéron había teorizado acerca del estudio *objetivo* del comportamiento (Piéron, 1908). En efecto, de Piéron a Lagache, y de Wallon a Merleau Ponty, la cuestión del *comportamiento* había estado siempre presente en la psicología francesa, en una orientación al mismo tiempo coincidente y divergente de la conductista americana (Dagfal, en prensa b). ¿Habrá sido posible que además del impacto de esa tradición francesa, la prevención local hacia el *behaviorismo* se hubiera visto fortalecida por la radicalización política creciente a partir de los setenta, que excluía cualquier referencia a una psicología originada en los Estados Unidos? De haber sido así, ¿cómo explicar idéntica exclusión también en la década anterior? Lo que parece evidente es que el sesgo clínico y la orientación predominantemente psicoanalítica –con los más variados matices-, fueron una constante en el panorama psicológico local desde la mitad de los sesenta, y en dicho marco, podía ser incluido el concepto de conducta, despojado de cualquier referencia al conductismo norteamericano, y relativamente integrado, en *un movimiento de inspiración lagacheana*, con postulados psicoanalíticos. En tal dirección, resulta significativo que una traducción de la célebre polémica de Canguilhem con Lagache sobre la unidad de la psicología (Canguilhem, 1958a), sería editada prontamente en nuestro país en la Revista del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires (aquélla que había fundado Sarmiento), pero, sugestivamente, la tercera parte, en la cual Canguilhem ironizaba acerca de "la psicología de las reacciones y del comportamiento", sería suprimida (Canguilhem, 1958b). Las traducciones completas de dicho texto, serían posteriores al período que estamos analizando y el marco en el cual se producirían, ya estaría dominado por una marcada hegemonía del pensamiento psicoanalítico de orientación lacaniano.

En cualquier caso, resulta interesante constatar que en el período analizado, el impacto del psicoanálisis trascendió el campo de la psicología y abarcaba al conjunto de las ciencias humanas. Así, una personalidad como Gino Germani, la cual, salvo en investigaciones recientes (Vezzetti, 1995; 1998), no solía ser identificada con la historia del psicoanálisis, llegó a afirmar que el "estado actual de las ciencias humanas no podría ser comprendido sin tener en cuenta los aportes psicoanalíticos" (Germani, 1958, 62). La afirmación de Germani resulta todavía más interesante toda vez que cuestionaba la ortodoxia psicoanalítica y consideraba que el aporte del psicoanálisis a la construcción de una psicología social se había producido, precisamente, a partir del distanciamiento de la psicología social propuesta por el mismo Freud. En todo caso, Germani reconocía en ciertas lecturas culturalistas del psicoanálisis, en Fromm, Horney y

Sullivan, todas ellas inspiradas en Freud, el interés por un *enfoque interdisciplinario*, que consideraba fundamental para la consolidación de las ciencias humanas. Y al mismo tiempo, destacaba el aporte del psicoanálisis en la construcción de conceptos como *personalidad social* o *carácter social*. Cabe aquí una pregunta. El aporte teórico de Germani acerca del lugar del psicoanálisis, ¿ha tenido un impacto significativo en los debates de los psicólogos en los años que estamos considerando? Para responder adecuadamente, es necesario considerar dos cuestiones. La primera, el impacto de una personalidad como Germani en el ámbito de la vieja Facultad de Filosofía y Letras, donde, hasta 1974, los estudiantes de Psicología y Sociología compartían muchas materias y bastante más que una estructura administrativa o edilicia, ya en el viejo edificio de Viamonte, en el Anexo o en la nueva sede de Independencia y Urquiza (Langleib, 1983). Como se ha señalado a propósito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, las "identidades y los campos profesionales no agotan sus especificaciones en la división entre carreras, división arbitraria y perenne" (Puiggrós, 1996, 17). En tal sentido, una investigación en 1973 acerca de las expectativas de acción y cualidad del rol del psicólogo social, se basaba en la administración de cuestionarios a alumnos de las carreras de Psicología y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Brignardello, 1973; 1974). Y la segunda cuestión a considerar, es la colaboración de Germani con Enrique Butelman en la dirección de la *Biblioteca de Psicología Social y Sociología* de Editorial Paidós, que había empezado con la edición de clásicos de Erich Fromm y Margaret Mead y continuaría con obras fundamentales de Malinowski, Wright Mills, Raymon Aron, Erikson, Lévi-Strauss, Laing y Cooper, entre otros autores, todos ellos destacados en la fundamentación y contextualización de los debates que hemos venido examinando (Editorial Paidós, 1969).

En definitiva, aun con todas las diferencias y matices de un debate que lamentablemente no pudo procesarse ni continuarse debido al clima crecientemente represivo de la segunda mitad de los setenta, la cuestión del psicoanálisis -o de *los* psicoanálisis- ocuparía un lugar central en todo lo relacionado con el rol del psicólogo. En efecto, para la gran mayoría de los actores del momento, el rol del psicólogo, podía o bien identificarse con el del psicoanalista (Harari, Grego, Kaumann), o bien incluir la formación y dominio del psicoanálisis (Bohoslavsky, Isabel y María Teresa Calvo, Danis, Malfé, etc.). Y aun para aquellos que imaginaban una identidad del psicólogo bien lejos del psicoanálisis, tal identidad se construía a partir de la *diferenciación* con el psicoanálisis (Caparrós, Cortada de Kohan, Horas), o a partir de la *negación* del psicoanálisis (Saforcada). En tal sentido, no resultado exagerado afirmar que, en el período examinado, ya fuera por adhesión, difenciación o rechazo, el psicoanálisis constituía uno de los ejes principales que articulaba prácticamente todos los debates sobtre el rol del psicólogo.

REFERENCIAS

AISENSON, D., KESTELBOIM, E. y SLAPAK, S. (1970). "Laboratorio de Relaciones Humanas del Curso de Ingreso a la Carrera de Psicología, Facultad de Filosofía y Letras, UNBA, 1968". En *Revista Argentina de Psicología, 3*, 67-88.

AMERICAN PSYCHOLOGICAL ASSOCIATION (1945). *Bylaws of the American Psychological Association.* Washington, Author, 1997.

ANÓNIMO (1954). "Primer Congreso Argentino de Psicología". En *Humanidades*

(Universidad Nacional de La Plata), *34*, 121-122.

ANÓNIMO (1959). “Tercera Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica”. En *Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 5* (4), 473-475.

ANÓNIMO (1967). “Una actividad específica del Psicólogo aún no considerada suficientemente”. En *Revista de Psicología* (Universidad Nacional de La Plata), *4*, 122-124.

ANÓNIMO (1971a). “Primer Encuentro Argentino de Psicología Social”. En *Revista Argentina de Psicología, 8*, 145-147.

ANÓNIMO (1971b). “Coordinadora de los trabajadores de la salud mental.” En *Revista Argentina de Psicología, 10*, 153-154.

ARDILA, R. (Ed.) (1974). *El análisis experimental del comportamiento: la contribución latinoamericana*. México, Trillas.

ARDILA, R. (1979). “La psicología en Argentina: pasado, presente y futuro.” En *Revista Latinoamericana de Psicología, 11* (1), 77-91.

ARREDONDO, V. A. (1974). “Comunidades experimentales en México: por qué y para qué”. En *XV Congreso Interamericano de Psicología. Memorias*. Bogotá, Sociedad Interamericana de Psicología, 1975, 158-160.

ASCOLANI, A. (1988). *Psicología en Rosario* Rosario, Fundación Ross.

ASOCIACIÓN DE PSICÓLOGOS DE BUENOS AIRES (1962). “10 de noviembre de 1962 (Acta de Fundación)”. En *Libro de Actas.* Buenos Aires, Mimeo, fs. 1-3.

ASOCIACIÓN DE PSICÓLOGOS DE BUENOS AIRES (1969). “19-VII-69”. En *Libro de Actas Nº 1 de Asamblea.* Buenos Aires, Mimeo, fs. 85-88.

ASOCIACIÓN DE UNIDADES ACADÉMICAS DE PSICOLOGÍA (1998). *Programa de Mejoramiento de Especialistas en Innovación Curricular. Informe Diagnóstico de la situación actual.* Buenos Aires, Mimeo.

ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA (1982). *Asociación Psicoanalítica Argentina. 1942-1982.* Buenos Aires, Autor.

BALÁN, J. (1991). *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino.* Buenos Aires, Planeta.

BARRIONUEVO, M. S. y GARCÍA MARCOS, F. (1975). “La carrera de psicología en las universidades argentinas”. En *Psicología Médica. Revista argentina de psicología médica, psicoterapia y ciencias afines, 2* (1), 83-110.

BAULEO, A. (1973). “Plataforma o la historia de un proyecto”. En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución*. Buenos Aires, Granica, 15-21.

BERMANN, G. (1936). “Programa.” En *Psicoterapia* (Córdoba), *1* (1), 1-4.

BERMANN, G. (1956). “La enseñanza de la psiquiatría y la formación de los psiquiatras”. En *Nuestra psiquiatría*. Buenos Aires, Paidós, 1960, 29-39.

BERMANN, G. (1959). “Los psicólogos en la práctica médica.” En *Nuestra psiquiatría*. Buenos Aires, Paidós, 1960, 174-185.

BERMANN, G. (1960). “Título habilitante del especialista en psiquiatría”. En *Actas de la Cuarta Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica*. Buenos Aires, Comisión Asesora Argentina en Salud Mental, 1961, 197-198.

BERMANN, G. (1963). “Prefacio”. En Bermann, G. (Ed.). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*. Buenos Aires, Paidós, 1964, 9-10.

BERMANN, G. (1964). “Desarrollo y estado actual de la psicoterapia en la Argentina”. *Acta psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 10* (4), 334-341.

BERMANN, S. (1956). “Proposiciones para la organización de la salud mental en nuestro país”. En *Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 2* (3), 284-291.

BERMANN, S., MORENO, I., TISMIENETZKY, M. Y VOLOSCHIN, C. (1972). “V Congreso Argentino de Psiquiatría. La enseñanza de la higiene mental en la carrera de psicología”. En *Revista de Psicología* (Universidad Nacional de La Plata), *6*, 11-17.

BIGLIANI, C. G., DE BIGLIANI, L. N. y ESMERADO CAPDOUZE, L. M. (1971). “Dependencia y autonomía en la formación psicoanalítica.” En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis.* Buenos Aires, Granica, 143-148.

BLEGER, J. (1962). “Psicoanálisis y marxismo”. En *Cuestiones de Filosofía, 1* (2/3), 53-84.

BLEGER, J. (1963). *Psicología de la conducta*. 8ª ed. Buenos Aires, Paidós, 1973.

BLEGER, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires, Paidós.

BLEGER, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós.

BOHOSLAVSKY, R. (1969). “El diagnóstico en orientación vocacional: aportes para una teoría de la técnica.” En *Revista Argentina de Psicología, 1*, 35-59.

BORINSKY, M. (en prensa). “El Segundo Congreso Argentino de Psicología (San Luis, 1965). Un corte sincrónico en el estudio de la conformación de un campo profesional.” En *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología, 4*.

BRASLAVSKY, B. P. De (1965). “El psicólogo educacional y su función específica”. En *Revista de Psicología* (Universidad Nacional de La Plata), *2*, 17-35.

BRASLAVSKY, M. y BERTOLDO, C. (1973). “Apuntes para una historia reciente del movimiento psicoanalítico argentino. Interpretación crítica de la ideología y de la acción política de un sector de la pequeña burguesía.” En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos 2.*

Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución. Buenos Aires, Granica, 23-54.

BRICHT, S., CALVO, I., DIMANT, F., PALACIOS, I., PRAVAZ, S., SPOLANSKY, , M. T. C. DE, TROYA, E. (1973). "Para dialogar sobre el rol del psicólogo". En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, 7-11.

BRIGNARDELLO, L. (1973). "Expectativas del rol del psicólogo social en estudiantes de las carreras de Psicología y Sociología". En *Anais del XIV Congresso Interamericano de Psicologia*, São Paulo, Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo, 1975, 365.

BRIGNARDELLO, L. (1974). "La imagen de la profesión. Proyección de la autoimagen sexual-profesional". En *Revista Interamericana de Psicología, 8* (3/4), 247-253.

BRIGNARDELLO, L. (1975). "Psicoterapias y psicoterapeutas en Argentina." En *Revista Interamericana de Psicología, 9* (1/2), 187-211.

CAEIRO, A. y OLIVERA, E. R. (1962). "Mesa Redonda". En Bermann, G. (Ed.). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*. Buenos Aires, Paidós, 1964, 151-169.

CALVO, I. M. y CALVO, M. T. (1970). "Técnicas operativas en la psicohigiene del púber". En *Revista Argentina de Psicología, 3*, 97-101.

CALVO, I., MALFÉ, R., AVERBUJ, D., DEVRIES, O. y BELOTTINI, R. (1969). "Mesa Redonda: El quehacer del psicólogo en la Argentina de hoy." En *Revista Argentina de Psicología, 1*, 83-86.

CANESTRELLI, L., CHAUVIN, R., COLLE, J., MEULDERS, M., FRAISSE, P., KLINEBERG, O., MUSATTI, C., ZAZZO, R. . (1970). *La conducta*. Buenos Aires, Proteo.

CANGUILHEM, G. (1958a). "Qu'est-ce que la psychologie." En *Revue de Mètaphysique et de Moral, 63* (1), 12-25.

CANGUILHEM, G. (1958b). "Qué es la psicología". En *Revista de Educación [Nueva Serie],, 3* (12), 447-457.

CAPARRÓS, A., DAY, A. M., FISCHER, L., FERNÁNDEZ, M., MENO MARQUE, N., SNOPIC, S. y ARROYO, V. (1965). "Nuestra experiencia en la enseñanza de la psicología general". En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 94-98.

CARBONELL, C. O. (1981). *L'historiographie*. Paris, Press Universitaires de France.

CESIO, F. (1967). "Historia de la Asociación Psicoanalítica Argentina." En Aberastury, A., Cesio, F. y Aberastury, M., *Historia, enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis*. Buenos Aires, Omeba, 19-46.

CHAPARRO, F. J. (1969). "La carrera de psicología en las universidades nacionales." En *Revista Argentina de Psicología, 2*, 147-154

CHAPARRO, F. J. (1970). "Sobre el Primer Simposio Cerrado de Psicología Clínica y el status

legal del psicólogo.” En Revista Argentina de Psicología, 5, 137-140.

COMUNIDAD LOS HORCONES (1978). “El análisis experimental del comportamiento aplicado a la vida comunitaria: la comunidad Los Horcones”. En *Revista Latinoamericana de Psicología, 10* (3), 447-462.

COSTAGUTA, E., PANIZO, M. E., ODERDA, C., INTRIERI, N., VEIGA, C., LOVISCEK, S., CASINELLI, M. E., PAJARIÑO, J., CORBANINI, B., ZABLOTZKY, L. MILLA, N. y MONTAGUT, M. E. (1970). “La trasnformación del hospital psiquiátrico. El rol del psicólogo.” En *Revista Argentina de Psicología, 6,* 102-106.

CUCURULLO, A., FAINBERG, H. y WENDER, L. (1982). “La psychanalyse en Argentine.” En Jaccard, R. (Ed.), *Histoire de la psychanalyse*. Paris, Gallimard, *II*, 75-140.

DAGFAL, A. (1998). “La creación de la Carrera de Psicología en la Universidad Nacional de La Plata: el pasaje del campo de la educación al predominio de la clínica. El lugar del psicoanálisis (1957-1966). Informe Final de Beca de Iniciación.” Universidad Nacional de La Plata, Mimeo.

DAGFAL, A. (en prensa a). “José Bleger y los inicios de una psicología psicoanalítica en la Argentina de los años sesenta.” En *Revista Universitaria de Psicoanálisis, 2*.

DAGFAL, A. (en prensa b). “El concepto de conducta en la psicología francesa contemporánea”. En *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología, 4*.

DANIS, J. (1969). “El psicólogo y el psicoanálisis.” En *Revista Argentina de Psicología, 1,* 75-82.

DANIS, J. (1972). “Psicoterapeutas en cambio”. En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, 13-25.

DANIS, J., BOHOSLAVSKY, R., MALFÉ, R., OCAMPO, M. L. S. DE, BERLÍN, M. y GOLDÍN, A. (1970). “Mesa Redonda sobre Formación del psicólogo en la década del 70”. En *Revista Argentina de Psicología, 6,* 109-121.

DI DOMÉNICO, C. y VILANOVA, A. (1990). “Acerca de la especialización en psicología: situación en nuestro país y en el mundo”. En *Psicólogo Argentino* (Sociedad Interamericana de Psicología), *1* (4), 13-15.

DUBCOVSKY, S. (1973). “Informe. Centro de Docencia e Investigación de la Coordinadora de Trabajadores en Salud Mental.” En *Revista de Psicología* (Universidad Nacional de La Plata), *6*, 133-135.

DUBCOVSKY, E. de, DUBCOVSKY, S. y JOSELEVICH, E. (1978). “Homenaje. Hebe Friedenthal (1938-1978).” En *Revista Argentina de Psicología, 26,* 9-10.

EDITORIAL PAIDÓS (1969). *Biblioteca de Psicología Social y Sociología*. Buenos Aires, Mimeo.

ESCARDÓ, F. (1965). “La enseñanza de la psicología”. En *Acta Psiquiátrica y Psicológica de*

América Latina, 11 (3), 284-292.

ESTUDIANTES DELEGADOS DE MATERIA (PSICOANALÍTICA II) y DOCENTES DE LA ASOCIACIÓN DE DOCENTES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNBA (1971). "La producción del psicoanálisis en Buenos Aires y la relación entre el psicoanalista y el psicólogo". En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión. 1973, 27-46.

FERNÁNDEZ ALVAREZ, H. (1970). "La psicología del lenguaje y el lenguaje de la psicología". En *Revista Argentina de Psicología, 6*, 27-37

FERNÁNDEZ ALVAREZ, H. y PÉREZ, A. (1993). "La psicoterapia en la Argentina (I). Evolución de la clínica psicológica en los años 1940-1970." En *Revista Argentina de Clínica Psicológica, 2* (1), 91-97.

FERRARA, F. (1978). "Homenaje a Isabel Calvo". En *Revista Argentina de Psicología, 23*, 7-9.

FITÓ, J. L. (1998). "Gregorio Bermann: reformista, pensador, psiquiatra". En *Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina, 6*, 3-16.

FREUD, S. (1927a). "Análisis profano (Psicoanálisis y medicina). Conversaciones con una persona imparcial." En *Obras Completas.* 3ª ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, III, 2911-2959.

FREUD, S. (1927b). "El porvenir de una ilusión." En *Obras Completas*, 3ª ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, III, 2961-2992.

GALENDE, E. (1973). "Psicoanálisis: institucionalización y/o cambio." En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución*. Buenos Aires, Granica, 55-75.

GARCÍA, G. (1978). *La entrada del psicoanálisis en la Argentina. Obstáculos y perspectivas.* Buenos Aires, Altazor.

GARCÍA, G. (1980). *Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano.* Barcelona: Argonauta.

GARCÍA, M. J. (1983). "Veinticinco años de la Carrera de Psicología". En *Revista Argentina de Psicología, 34*, 27-38.

GARCÍA BADARACCO, J., MONTEVECCHIO, B. y KOSSOY, I. N. G. de (1961). "Trabajo psiquiátrico y salud mental". En *Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 7* (1), 67-70.

GENTILE, A. (1989). "La carrera de psicólogo en Rosario y el proceso de profesionalización". En *Intercambios en Psicología, Psicoanálisis, Salud Mental, 1*, 12-13.

GENTILE, A. (1996). "Referencias a la psicología y al psicoanálisis en los orígenes de la psiquiatría rosarina. 1920-1940." En *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología, 2* (1/2), 15-51.

GENTILE, A. (1998). “El psicoanálisis en los comienzos de la Carrera de Psicólogo en Rosario.” En *Revista de la Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Rosario, 1*, 141-148.

GERMANI, G. (1958). “El psicoanálisis y las ciencias del hombre.” En *Revista de la Universidad* (Universidad Nacional de La Plata), *3*, 61-67.

GOLDENBERG, M. (1958). “Estado actual de la asistencia psiquiátrica en el país”. En *Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 4* (4), 401-410.

GOLDENBERG, M. (1962). “La psicoterapia en el hospital general”. En Bermann, G. (Ed.). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*. Buenos Aires, Paidós, 1964, 119-126

GREGO, B. y KAUMANN, I. (1973). “El lugar del psicoanálisis en el proceso de producción del psicoanálisis en Buenos Aires”. En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, 47-131.

GUTIÉRREZ, M. S. (1971). “El quehacer de los psicólogos en el plna de erradicación de villas de emergencia”. En *Revista Argentina de Psicología, 7*, 130-131.

HARARI, R. (1970). “El psicoanálisis y la profesionalización del psicólogo (a partir de “El psicólogo y el psicoanálisis” de Juana Danis).” En *Revista Argentina de Psicología, 3*, 147-159.

HARARI, R. (1971). “[Psicoanálisis] [Stalinismo]”. En *Revista Argentina de Psicología, 9*, 164-169.

HARARI, R. (1973a). “El objeto de la operación del psicólogo”. En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 153-216.

HARARI, R. (1973b). “[Psicoterapia científica] [Xenofobia]”. En *Revista Argentina de Psicología, 13/14*, 227-240.

HARARI, R. (1973c). “La jerarquización de lo verbal en psicoterapia”. En *Anais del XIV Congresso Interamericano de Psicologia*, São Paulo, Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo, 1975, 357-366.

HARARI, R. (1983). “Veinticinco abriles que no volverán.” En *Revista Argentina de Psicología, 34*, 39-44.

HARARI, R. y MUSSO, E. (1973). “El psicólogo clínico en la Argentina”. En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, 133-151.

HORAS, P. (1961). “La enseñanza de la psicología en la universidad argentina y otros comentarios.” En *Anales del Instituto de Investigaciones Psicopedagógicas* (Universidad Nacional de Cuyo), *6*, 339-354.

HORAS, P. (1965). “¿Una o varias psicologías? Intento de integración.” En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 145-150.

INSTITUTO DE PSICOLOGÍA (1935). “Instituto de Psicologìa”. En *Anales del Instituto de Psicología* (Universidad de Buenos Aires), *1*, 9.

INTERAMERICAN SOCIETY OF PSYCHOLOGY (1971). “Directory of Interamerican Society of Psychology Members”. En *Revista Interamericana de Psicología, 5* (3/4), 203-205.

KELLER, F. S. (1974). “Prefacio”. En Ardila, R. (Ed.), *El análisis experimental del comportamiento: la contribución latinoamericana*. México, Trillas, 7-8.

KESSELMAN, H. (1969a). “Responsabilidad social del psicoterapeuta. Parte I.” En *Cuadernos de Psicología Concreta, 1,* 53-74.

KESSELMAN, H. (1969b). “La responsabilidad social del psicoterapeuta. Parte II.” En *Cuadernos de Psicología Concreta, 2*, 57-67.

KESSELMAN, H. (1970). *Psicoterapia breve*. Buenos Aires, Ediciones Kargieman.

KESSELMAN, H. (1971). “Plataforma Internacional: psicoanálisis y antiimperialismo.” En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires, Granica, 251-255.

KLAPPENBACH, H. (1994). “Antecedentes de la carrera de psicología en universidades argentinas.” En *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 40* (3), 237-243.

KLAPPENBACH, H. (1995). “Psicología y campo médico. Argentina: años ’30.” En *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología, 1* (1/2), 159-226.

KLAPPENBACH, H. (1997). “Enrique Mouchet, el psicoanálisis y la psicología vital. De la epopeya científico-burlesca a los sueños de Freud”. En *Cuadernos Argentino de Historia de la Psicología, 3*, 141-158.

KLAPPENBACH, H. (1998). “Historia de un problema de identidad en la psicología argentina.” En *Revista de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 3* (4), 159-168.

KLAPPENBACH, H. (2000). “El título profesional de psicólogo en Argentina. Antecedentes históricos y situación actual.” En *Revista Latinoamericana de Psicología, 32* (3), 419-446.

KNOBEL, M. (1964). “Adaptación individual o planeamiento social.” En *Proceedings. IX Congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología*. Miami, Sociedad Interamericana de Psicología, 138-143.

KNOBEL, M. (1971). “El psicólogo en la práctica psicoterapéutica”. En *Revista Argentina de Psicología, 7*, 97-110.

KNOBEL, M. (1973). “La función psicoterapéutica del psicólogo”. En, Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 217-243.

KNOBEL, M. (1974). “Psicología clínica: enfoque transcultural del rol del psicólogo”. En *XV Congreso Interamericano de Psicología. Memorias*. Bogotá, Sociedad Interamericana de

Psicología, 1975, 63.

KNOBEL, M., SCÁZIGA, B. y SEGAL, P. (1966). “El psicólogo como higienista mental”. En *Revista de Psicología* (La Plata), *3*, 69-75.

KOHAN, N. C. de (1978). “La psicología en la Argentina”. En Ardila, R. (Ed.), *La profesión del psicólogo.* México, Trillas, 30-42.

KOHAN, N. C. de, OÑATIVIA, O., HORAS, P., GLASSSERMAN, M. R., PIZARRO, J. C., y ZAVALA, P. (1965). “Mesa Redonda especial sobre legalización de la carrera del psicólogo”. En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 78-83.

LANGER, M. (1971a). “Prólogo”. En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires, Granica, 13-21.

LANGER, M. (1971b). “Psicoanálisis y/o revolución social”. En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos. Documentos de crítica a la ubicación actual del psicoanálisis*. Buenos Aires, Granica, 257-269.

LANGER, M. y BAULEO, A. (1973). “Prólogo”. En Langer, M. (Ed.), *Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución*. Buenos Aires, Granica, 9-12.

LANGER, M., PALACIO, J. del y GUINSBERG, E. (1984). *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*. Buenos Aires, Folios.

LANGLEIB, M. (1983). “Crónica de la creación de la carrera de Psicología.” En *Revista Argentina de Psicología, 34*, 11-17.

LITVINOFF, N. y GOMEL, S. K. de (1973). *El psicólogo y su profesión.* Buenos Aires, Nueva Visión.

LUCERO KELLY, C., KUSNIR, J., SPIGUEL, D. y TAVELLA, N. (1960). “Equipos operativos en los campos social, laboral y educacional”. En *Actas de la Cuarta Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica*. Buenos Aires, Comisión Asesora Argentina en Salud Mental, 1961, 197-198.

LLAPUR, O. R. (1972). “La psicología en Tucumán”. En *Humanitas, 17* (23), 239-243.

MALDAVSKY, C. R. de y BOFFA, C. S. de (1969). “El rol del psicólogo educacional en la institución escolar.” En *Revista Argentina de Psicología, 2*, 71-87.

MALFÉ, R. (1983). “Respuesta a un cuestionario de la RAP a los 25 años de la creación de la carrera de psicología.” En *Revista Argentina de Psicología, 34*, 18- 26.

MARX, K. (1845). “Tesis sobre Feuerbach.” En Marx, K. y Engels, F., La ideología alemana. Barcelona, Grijalbo, 1987, 665-668.

MENIN, O. (1965). “La enseñanza de la psicología mediante la organización de grupos de estudio”. En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de

Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 68-71.

MENIN, O. (1999). “Comunicación personal.” Santa Fe, 13 de Mayo de 1999. Versión magnetofónica.

MIKUSINSKI, E, CARUGNO, O. y NASSIF, M. (1976). “Imagen del psicólogo clínico y del psiquiatra en la Argentina.” En *Revista Latinoamericana de Psicología, 8* (3), 363-374.

MONASTERIO, F. (1965). “La psicología argentina.” En *Revista de Psicología General y Aplicada, 20* (80), 907-922.

MONASTERIO, F, ROLLA, E., TOBAR GARCÍA, C. y RAVAGNAN, L. M. (1960). “Formación y función del psicólogo”. En *Actas de la Cuarta Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica*. Buenos Aires, Comisión Asesora Argentina en Salud Mental, 1961, 223-226.

MOSCOVICH, P. (1962). “Psiquiatría y psicoterapia”. En Bermann, G. (Ed.). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*. Buenos Aires, Paidós, 1964, 18-33.

NACIÓN ARGENTINA (1967). *Ley Nº 17.132*. Bs. As., Secretaría de Estado de Salud Pública de la Nación.

NASIO, J. D. y CAPARRÓS, A. (1965). “Conflicto y contradicción en la conducta”. En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 174-176.

NOVOMINSKY, F. y TOBAR SÁNCHEZ, N. (1960). “Habilitación del psiquiatra para el estudio y tratamiento del enfermo psíquico”. En *Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 6* (1), 84-85.

OLIVERA, E. R. (1962). “Medicina y psicoterapia”. En Bermann, G. (Ed.). *Las psicoterapias y el psicoterapeuta*. Buenos Aires, Paidós, 1964, 13-17.

OÑATIVIA, O. (1965). “Objetivos y tareas del psicólogo escolar en la actividad práctica de la escuela”. En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 71-76.

OSTROV, L. (1973). “Formación y rol del psicólogo.” En Bricht, S. y otros, *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 249-260.

PAOLUCCI, C. y VERDINELLI, S. (1999). “La psicología en Argentina.” En Di Doménico, C. y Vilanova, A. (Eds.), *Formación de psicólogos en el Mercosur*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 15-32.

PIACENTE, T. (1998). “Psicoanálisis y formación académica en psicología.” En *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 44* (3), 278-284.

PICHON RIVIÈRE, E. (1965). “Grupos familiares. Un enfoque operativo.” En *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social.* 4ª ed. Buenos Aires, Nueva Edición, *I*, 65-74.

PICHON RIVIÈRE, E. y ETCHEGOYEN, H. (1957). “La psiquiatría en el contexto de los

estudios médicos". En *Revista de la Asociación Médica, 71* (11/12), 440-442.

PIERON, H. (1908). "L'evolution du psychisme et l'étude objective du comportement." En *Revue du Mois, 3*, 291-310.

PIRACES, A. (1976). "Centro de Estudios de Psicología Objetiva 'I.P.Pavlov' (CEDEPO)." En *Revista Latinoamericana de Psicología, 8* (1), 131-134.

PUIGGRÓS, A. (1996). "Reflexiones sobre la historia de la Facultad." En *Espacios* (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires), *19/20*, 13-17.

RODRÍGUEZ KAUTH, A. (1973). "Estado actual de la situación del psicólogo en San Luis." En *Revista de Psicología* (Universidad Nacional de La Plata), 105-115.

ROSSI, L. (1997). *La psicología antes de la profesión*. Buenos Aires, Eudeba.

SAFORCADA, E. (1969). "Problemas y riesgos de la psicología en Argentina." En *Revista de Psicología* (Córdoba), *1*, 49- 54.

SANZ FERRAMOLA, R. (2000). "La psicología como ideología exótica en los oscuros años del proceso de *desorganización* nacional: 1975-1980". En *Fundamentos en Humanidades* (Universidad Nacional de San Luis), *1* (2), 43-62.

SASTRE, C. (1969). "Acerca de 'Responsabilidad social del psicoterapeuta', de Hernán Kesselman". En *Revista Argentina de Psicología, 1*, 89-98.

SKINNER, B. F. (1968). *Walden dos*. Barcelona, Fontanella.

SNOPIK, S. y LÓPEZ DAY, A. M. (1965). "Significado concreto de la conducta y sus múltiples determinaciones". En *Actas del Segundo Congreso Argentino de Psicología*. San Luis, Facultad de Pedagogía y Psicología de la Universidad Nacional de Cuyo, 1971, 176-178.

STANCATO, B. M. de, GEORGIEFF, V. M. de, PICCINI, A. M., VILA, C. R. de, IORIO, M. L. T. de (1970). "Familia y marginalidad en el Gran Buenos Aires: una aproximación psicológica". En *Revista Argentina de Psicología, 5*, 63-80.

TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. 3ª ed., Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993.

VEZZETTI, H. (1995). "Las ciencias sociales y el campo de la salud mental en la década del sesenta." En *Punto de Vista, 54*, 29-33.

VEZZETTI, H. (1996a). "Los estudios históricos de la psicología en la Argentina." En *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología, 2* (1/2), 79-93.

VEZZETTI, H. (1996b). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon Rivière*. Buenos Aires, Paidós.

VEZZETTI, H. (1996c). "Marie Langer: Psicoanálisis de la maternidad." En *Anuario de Investigaciones* (Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires), *4*, 377-389

VEZZETTI, H. (1998). “Enrique Pichon Riviere y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales.” En *Anuario de Investigaciones* (Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires), *6*, 476-487.

VILANOVA, A. (1993). “La formación de psicólogos en Iberoamérica.” En *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 39* (3), 193-205.

VILANOVA, A. y DI DOMÉNICO, C. (1999). *La psicología en el Cono Sur. Datos para una historia*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata-Editorial Martín.